

# Acequiñas

AÑO 21 Otoño 2018  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

REVISTA DE DIVULGACIÓN  
ACADÉMICA Y CULTURAL

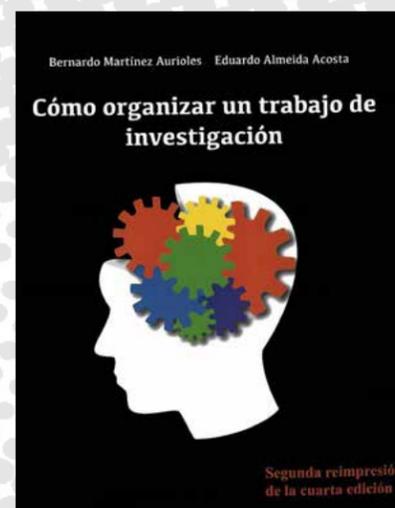
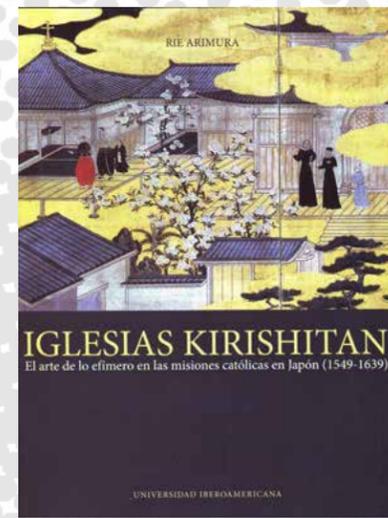
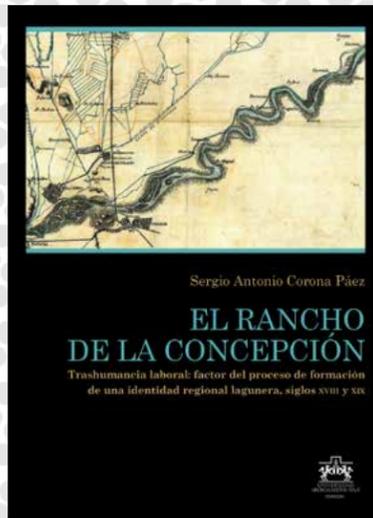
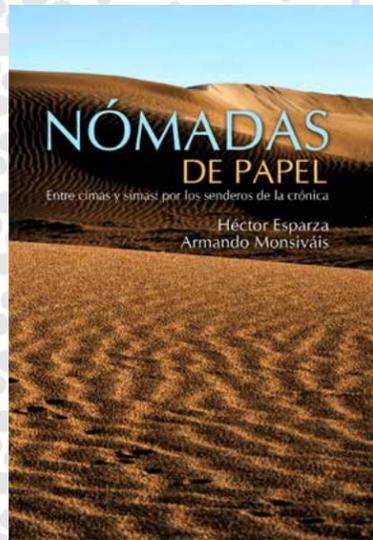
76



A un año del terremoto  
y la solidaridad

Nuevas pistas para desarrollar  
*otra* historia regional

+ reseña, entrevista y creación literaria



EDICIONES Y COEDICIONES RECIENTES  
GESTIONADAS POR EL CENTRO  
DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN  
INFORMES:  
[jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx](mailto:jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx)

# Acequias Índice

Número 76, mayo-agosto de 2018

Universidad Iberoamericana Torreón  
Guillermo Prieto Salinas, SJ  
Rector

Lorena Giacomán Arratia  
Directora General Académica

José Francisco Méndez Alcaraz, SJ  
Director General Educativo

Jaime Muñoz Vargas  
Coordinador del Centro de Difusión Editorial

Jaime Muñoz Vargas  
Revisión y edición

Laura Elena Parra López  
Raúl Alberto Blackaller V.  
Daniel Lomas  
Andrés Guerrero  
Comité Editorial

Edición Otoño 2018. Octava época, año 21. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequias* aparece tres veces por año. Sugerencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:  
<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>

- 2 Editorial
- 3 **Los rastros de los Reyes Vayssade: nuevas pistas para desarrollar otra historia regional**  
Laura Orellana Trinidad
- 6 **Martín Reyes Vayssade: una carta sobre La Laguna**  
Martín Reyes Vayssade
- 11 **A un año del terremoto y la solidaridad**  
Lucila Navarrete Turrent
- 12 **Volveremos**  
Felipe Castillo Jiménez
- 17 **Otra vez septiembre**  
Stefany Edit Cisneros Zúñiga
- 21 **No sólo se derrumbaron edificios, también se derrumbaron personas**  
Karl de Negri
- 26 **Emigrar, transitar y retornar en México y sus desafíos**  
Blanca Chong López
- 29 **“México es un país sin verdad”**  
Elena Trapanese
- 33 **Con un arma en la nuca**  
Jaime Muñoz Vargas
- 36 **Peligrosa luz**  
Antonio Toledo Martínez
- 39 **Dos poemas**  
Raúl Blackaller
- 40 **Cuando el eco**  
Paola de Llergo



RENATA IVANA MUÑOZ CHAPA (Torreón, Coahuila, 2002), cuyas fotos ilustran este ejemplar de *Acequias*, es alumna de preparatoria en el Instituto de Enseñanza Abierta de la UA de C Unidad Torreón y estudiante de francés en la Alianza Francesa de La Laguna. Algunas de sus fotos han sido publicadas en la revista *Espacio 4* de Saltillo, en anteriores ejemplares de *Acequias* y en la portada del libro *Tomar la palabra (II)* del profesor Gabriel Castillo Domínguez. Entre otros cursos, tomó el diplomado en fotografía de la Ibero Torreón y en Instagram administra la cuenta *Ivana Muñoz Fotografía*.

# Los rastros de los Reyes Vayssade: nuevas pistas para desarrollar otra historia regional

Laura Orellana Trinidad

La solidaridad ha sido siempre uno de los más altos valores de la humanidad. Por su falta, el mundo padece innumerables achaques, tantos que toda lucha por la justicia se antoja emprendimiento titánico, desafiante. Por ello, cuando la solidaridad emerge y se nota en la piel de la realidad, como ocurrió hace un año tras los sismos en la Ciudad de México, hay un motivo de orgulloso asombro. Miles de personas, sobre todo jóvenes, aproximaron en aquel duro momento su solidaridad para ayudar en la urgente tarea de rescatar víctimas y reorganizar la vida.

Este número de *Acequias* recuerda con dolor los terremotos, ciertamente, pero también con admiración por las miles y miles de personas que adelantaron el pecho y levantaron la vista ante el desastre. Gracias al trabajo de Lucila Navarrete Turrent —egresada de licenciatura por la Ibero Torreón y maestra y doctora por la UNAM, de vuelta en su tierra—, ofrecemos en las páginas venideras tres textos que reconstruyen un panorama de la tragedia individual y colectiva que sufrió la capital de nuestro país en septiembre de 2017. Felipe Castillo con “Volveremos”, Stefany Edit Cisneros con “Otra vez septiembre” y Karl de Negri con “No sólo se derrumbaron edificios, también se derrumbaron personas” nos adentran en el escenario de dolor y desposesión que de inmediato tuvo una enaltecida respuesta de la sociedad civil.

La doctora Laura Orellana, por su parte, hace un primer examen a un nuevo fondo del Archivo Histórico de la Ibero Torreón, el del escritor y promotor cultural lagunero Martín Reyes Vayssade, de quien además presentamos una carta que describe su imborrable recuerdo de La Laguna luego de que emigró para edificar una larga y fructífera carrera profesional.

“Emigrar, transitar y retornar en México y sus desafíos”, de la también doctora Blanca Chong, se adentra en el tema de la migración a propósito de un libro publicado por el Sistema Universitario Jesuita, y “México es un país sin verdad” es una larga entrevista de Elena Trapanese al escritor mexicano Federico Campbell.

Otra reseña sobre el novelista argentino Guillermo Saccomanno, un cuento de Antonio Toledo Martínez y material poético de Raúl Blackaller y Paola de Llergo, maestro y alumna de la Ibero Torreón, respectivamente, cierran esta edición 76 que esperamos sea de su agrado lector.

¿Qué huellas dejan las familias que se asentaron alguna vez en la Comarca Lagunera y cuyas vidas abren nuevas perspectivas para entender nuestra historia? Es una pregunta que resulta oportuna para el conjunto de documentos que recientemente fue donado al Archivo Histórico de la Ibero Torreón por Claudia Reyes Trigos. Los retazos de vida de sus abuelos y de su padre, que radicaron en Gómez Palacio y Torreón entre 1939 y los últimos años de los ochenta, quedaron en fotografías, cartas personales, revistas y recortes periodísticos de sus actividades laborales, diplomas, audios y otros, y sin duda constituyen puntos de partida para reconstruir y reflexionar sobre lo que somos, y quizá también, sobre lo que no nos permitimos ser.

Claudia es nieta del doctor Jaime Reyes Hernández. El médico llegó a Gómez Palacio alrededor de 1939 con su esposa Rose Vayssade —una norteamericana de origen francés quien conoció al joven profesional en un viaje que hizo de su natal San Francisco, California, a la Ciudad de México— y con su pequeño hijo, Martín.<sup>1</sup> El doctor Reyes fue invitado a radicar en la Comarca Lagunera gracias a sus conocimientos bacteriológicos, muy útiles para estudiar la brucelosis.<sup>2</sup> La región, en sus palabras, era “el foco infeccioso más grande del mundo”.<sup>3</sup> La brucela, una bacteria que infecta al ganado vacuno, cabrío, perros y cerdos, contagia a los humanos directamente o por medio del consumo de productos lácteos contaminados. Reyes enumeraba algunos de los riesgos de esta enfermedad: la destrucción de la riqueza ganadera, abortos en las mujeres embarazadas, la incapacitación de los individuos “...por semanas, por meses y por años, imposibilitándolos para trabajar y atacando sus facultades mentales, provocando en ocasiones verdaderos estados demenciales”.<sup>4</sup> Es posible que estos últimos síntomas llevaran al médico a fundar en 1948 el Sanatorio Río Nazas para atender “a los enfermos del sistema nervioso, enfermedades y alcoholismo crónico” con “higiene rigurosa” y “métodos modernos”.<sup>5</sup> Al parecer fue el primer hospital de tipo psiquiátrico en la región. En éste se utilizaban electroshocks,<sup>6</sup> una de las vías para curar a este tipo de enfermos que se pensaba útil en esa época.

Se intuye el dinamismo del doctor Reyes porque pronto empezó a publicar escritos en la columna “Siglos y Médicos” de *El Siglo de Torreón*

## Laura Orellana Trinidad

(Torreón, Coahuila). Socióloga, maestra y doctora en Historia por la Ibero Ciudad de México. Académica de tiempo completo en la Ibero Torreón desde 1990. Actualmente es coordinadora del Centro de Investigaciones Históricas y de la Dirección de Investigación Institucional. En 2012 fue distinguida con la medalla al Mérito Académico “David Hernández”. Obtuvo el primer lugar en el certamen nacional de ensayo Susana San Juan, en 1999. Ha publicado *Hermila Galindo, una mujer moderna* (Conaculta) y *Teatro Martínez, patrimonio de los mexicanos* (Fineo). Participó en el proyecto: “Aprendiendo a convivir y hacer ciudadanía”, con financiamiento del COECYT y concluyó la historia de los 75 años de la escuela Carlos Pereyra, en proceso de edición.  
laura.orellana@lag.uia.mx

y artículos de investigación a partir de sus casos clínicos en la revista *Torreón Médico*;<sup>7</sup> también porque luchó, sin éxito, junto con el doctor Madrid, para establecer en Torreón un centro nacional de investigación para la brucelosis, “no un laboratorio de análisis clínicos”,<sup>8</sup> y junto con Rosa, pasó a formar parte de la planta de profesores del Instituto 18 de Marzo, de reciente creación: él impartía zoología y literatura; ella, inglés.<sup>9</sup> Ahí conocieron al profesor de dibujo Horacio Rentería, que devino en amistad. Rosa le escribió una carta pública en *El Siglo*... al que posteriormente sería un reconocido pintor:

Estimado Horacio:

—¿Por qué no expones tus cosas en la Librería Torreón? —te decía yo siempre.

—Porque no tengo marcos —decías tú.

—Pero Horacio, otros tendrán marcos, pero no tienen lo que tú tienes —te contestaba yo.

Y ya ves que tenía yo razón. Pero lo irónico de todo es que apenas abierta tu exposición te fuiste de la Laguna por la ruta de los pobres, en autobús a México. Sí, Horacio, te fuiste porque la Laguna donde hay tanto dinero y tantos ricos nunca te dio bastante para comer y vestirse decentemente. Pero yo creo que eso era lo de menos. Hubieras podido soportar la miseria si no hubieras estado tan solo. Amigos sí tenías, en cualquier parte hay unos cuantos bohemios, pero qué sabíamos nosotros de línea, perspectiva, matices y color [...]

Pero te diré que en los años que pasaste aquí captaste con tu paleta toda la Laguna. Sí, Torreón Viejo, La Paloma Azul, Trincheras, La Alianza, esos eran tus



rumbos. Para otros [era] lo estilizado, “bonito”, del Campestre. Tú nos muestras otras cosas, la belleza que está en los lugares más humildes [...]

Sí, Horacio, te fuiste de esta Laguna materialista donde por de pronto sólo el dinero habla, como en todos los lugares jóvenes [...]

Conocí tu obra por primera vez cuando llevé a mi hijo al hermoso “Kinder” que habías decorado. Pregunté a la maestra: “¿No sabe Ud. quién pintó estos murales? Con mucha naturalidad me contestó: Mi hermano, Horacio”. Sí, le ha de valer para siempre a mi hijo que haya pasado los dos primeros años de su vida escolar entre tanta belleza. Por eso te estoy agradecida. No es tu culpa que hicieran un “kinder” para veinte niños donde van más de cien y que ahora tu Caperucita, Cenicienta y Don Quijote estén rodeados de máquinas de coser.<sup>10</sup>

La apreciación de Rosa resultó premonitoria. Martín, su hijo, pasó su infancia y adolescencia en la Comarca Lagunera, y ya en tercero de secundaria era uno de los fundadores de la revista *La Voz del Estudiantado*<sup>11</sup> en la Escuela Venustiano Carranza —donde Rosa impartió clases de inglés durante 25 años<sup>12</sup>—. El desarrollo de la publicación, su costo, impresión, los editoriales, los artículos y dibujos que aparecerían en ella, eran algunos de los temas recurrentes en las cartas intercambiadas entre 1952 y 1958 entre Martín y algunos de sus inquietos amigos que se habían marchado a estudiar la preparatoria a la ciudad de México. Otros temas tenían que ver con el ambiente de la capital. Miguel González Avelar, uno de sus entrañables, le dice emocionado en una de ellas: “Encontré en esta muy noble y leal ciudad de México una antesala del cielo, es decir, una librería, pero qué librería, tienen de, to, do...”.<sup>13</sup> Martín comenzó a involucrarse en el campo de

la cultura, seguramente en el grupo de Estela Ochoa que organizó en la PVC para desarrollar actividades educativas, sociales y culturales.<sup>14</sup> Había un ambiente muy favorable que reunía a los jóvenes con estos intereses, pues incluso organizaron una exposición de pintura y juegos florales. Es posible que, a través de Estela, Martín haya conocido a su hermana Enriqueta, la joven poetisa, pues ambos comenzaron a desarrollar un suplemento cultural en *La Opinión*<sup>15</sup> y también un amorío que aparentemente fue un escándalo: él tenía 18, ella 26.<sup>16</sup> Enriqueta le dedicaría a Martín uno de sus poemas más bellos e íntimos: “Para evadir el cierzo de la muerte que llega”.<sup>17</sup>

Alrededor de 1954, Martín Reyes se fue a la ciudad de México en donde se desarrolló en múltiples ámbitos. Su vida sólo puede calificarse como rica y compleja: en 1956 fue uno de los integrantes del comité directivo de la revista *Medio Siglo*, en su segunda época,<sup>18</sup> junto con Carlos Monsiváis, Sergio García Ramírez y su amigo Miguel González Avelar, entre otros; en 1958 ganó el tercer lugar en un concurso estudiantil de cuento universitario, entre cuyos jueces se encontraban Juan Rulfo y Juan José Arreola,<sup>19</sup> y en el que su único contrincante fue Vicente Leñero, quien ganó los dos primeros lugares con seudónimos diferentes; en 1960 formaba parte de la célula comunista “Román Guerra Monte Mayor”,<sup>20</sup> y pasó a la clandestinidad como líder de la *Liga Espartaco* creado por José Revueltas. Seguramente en esa época estuvo en la cárcel con la compañía de Siqueiros.<sup>21</sup> Años después, abandonaría la izquierda e incluso se afilió al PRI, ya que ello le permitió acceder a trabajos en diversas instituciones culturales gubernamentales. Para ello, recibió ayuda

de sus amigos de infancia y juventud, Miguel González Avelar y Sergio García Ramírez.<sup>22</sup> Con sus estudios de derecho y periodismo destacó como experto en relaciones públicas, en la cartografía, como gestor cinematográfico, como promotor de la lectura y de la pintura, como periodista, editor y escritor. En todas sus actividades, de las que constan documentos en su archivo, recibió premios y reconocimientos nacionales.

Los documentos de la familia Reyes Vayssade, que estarán pronto a disposición de los interesados, abren preguntas sobre la salud pública en la región [los brotes de brucelosis continúan particularmente en el campo], la falta de oportunidades para los artistas en un ambiente que otorgaba preponderancia a lo económico, y sobre la intensa y rica vida estudiantil que había en la Comarca Lagunera a mediados del siglo XX, que no sólo catapultó a Martín a la vida política y cultural de la capital del país, sino a un grupo importante de jóvenes laguneros. ¿Será posible que 50 años después podamos retener a nuestros artistas y gestores culturales en la región?

#### NOTAS

<sup>1</sup> Entrevista con Claudia Reyes Trigos en la Universidad Iberoamericana Torreón, 8 de junio de 2018.

<sup>2</sup> “Enérgica campaña contra la brucelosis”. *El Siglo de Torreón*, 9 de mayo de 1940, p. 2.

<sup>3</sup> Dr. Jaime Reyes. “Una idea de Alberto Madrid”. *El Siglo de Torreón*, 13 de mayo de 1947, pp. 4 y 9.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> “Sanatorio Río Nazas”, anuncio. *El Siglo de Torreón*, 5 de febrero de 1948, p. 2.

<sup>6</sup> Entrevista con Claudia Reyes Trigos, *op. cit.*

<sup>7</sup> Fondo Reyes Vayssade. Dr. Jaime Reyes.

“Algunas manifestaciones pulmonares y mentales de la brucelosis”. *Torreón Médico*, septiembre-octubre de 1947, Vol. 2, Núm. 5, pp. 123-131.

<sup>8</sup> Dr. Jaime Reyes. “Una idea de Alberto Madrid”, *op. cit.*

<sup>9</sup> “El Instituto “18 de Marzo”, de G.P, mejora su labor pro-educación”. *El Siglo de Torreón*, 9 de octubre de 1944, p. 2.

<sup>10</sup> Rosa V. de Reyes. “Carta a Horacio Rentería”. *El Siglo de Torreón*, 19 de julio de 1945, p. 4.

<sup>11</sup> Fondo Reyes Vayssade. “Periodistas de nuestra escuela”. *Saber*, núm. 3, junio de 1952. Escuela secundaria y preparatoria Venustiano Carranza, s/n.

<sup>12</sup> Fondo Reyes Vayssade. Reconocimiento a la señora profesora Rosa Vayssade de Reyes con motivo del cumplimiento de veinticinco años de magisterio en la Preparatoria Venustiano Carranza, 30 de nov. de 1977.

<sup>13</sup> Fondo Reyes Vayssade. Carta de José Miguel González Avelar a Martín Reyes Vayssade, ca. 1953.

<sup>14</sup> Fondo Reyes Vayssade. Revista *Saber*, núm. 3, junio de 1952, *op. cit.*

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> Entrevista con Claudia Reyes Trigos, *op. cit.*

<sup>17</sup> Enrique Ochoa. *Antología personal*. Universidad Autónoma de Coahuila, México, 2002, pp. 148 y 149.

<sup>18</sup> Enciclopedia de la Literatura en México. <http://www.elem.mx/institucion/datos/1844>

<sup>19</sup> Fondo Reyes Vayssade. Martín Reyes Vayssade. Diploma de Tercer Premio en el Primer Concurso Nacional de Cuento Universitario, Frente de Estudiantes Universitarios de México, 11 de octubre de 1958.

<sup>20</sup> Partido Comunista Mexicano, caja 39, clave 35, exp. 04.

<sup>21</sup> Entrevista con Claudia Reyes Trigos, *op. cit.*

<sup>22</sup> *Ibidem*.

# Martín Reyes Vayssade: una carta sobre La Laguna

Martín Reyes Vayssade

*Carta del señor Martín Reyes Vayssade a su hija. Hace una descripción de La Laguna desde su recuerdo, luego de muchos de vivir fuera de nuestra región.*

## Martín Reyes Vayssade

(Ciudad de México, 1936-Guadalajara, Jal., 2007). Estudiante de la PCV en Torreón, Coahuila. Comunista y espartaquista en la década de los sesenta. Miembro del comité de la revista *Medio Siglo*. Abogado por la UNAM. Fue director de los Estudios Churubusco de 1982-1984; director general de publicaciones de la Secretaría de Educación Pública de 1985 a 1986 y subsecretario de Cultura de la SEP 1986-1988. Obtuvo diversos reconocimientos: tercer lugar en el Primer Concurso Nacional de Cuento Universitario, en 1958; Premio Heraldo de México por la campaña publicitaria de los Censos Económicos de 1980; Medalla al Mérito de la Fundación Antonio Miera y Feytal y el premio del Club de Periodistas de México debido a su trabajo como editorialista en el periódico *El Universal* de 1994 a 2002. Algunas de sus obras son *Cartografía histórica de Tamaulipas*. Gobierno del Estado de Tamaulipas-Instituto Tamaulipeco de Cultura, México, 1990 (en colectivo) y *Jecker: El hombre que quiso vender México*. Joaquín Mortiz, México, 2005.

Claudia, te respondo que me alegran de verdad las noticias sobre Bo y su recuperación. No había leído tu mensaje hasta hoy gran Día del Niño, cosa que aprovecho para enviar sendos besos a Ana Lucía y Gabrielita. Respecto al que llamas “sofoco”, sobrevino a cuenta de un catarrito y el fuerte calor que estamos padeciendo por acá; el doctor Flores Montes recomendó hacerme los análisis de sangre (biometría hemática), Rayos-X y orina de siempre (afortunadamente sigo muy bien en materia de colesterol, glucosa, presión arterial, etc.) pero la infección aunque débil persistía y el domingo sí me sentí mal, por lo que me llevaron al hospital y estuve tres días para que se me controlara la cuestión; estaba yo quizá también un poco acelerado, Mina y yo íbamos a ir de nuevo a México algunos días, pero ya era mejor en mi caso de nuevo tomarlo con calma y estoy bien como te lo podrán contar Diana y Mauricio, con Daniela y Andresito que regresaban de Puerto Vallarta, y me invitaron a comer, lo cual te imaginas me dio mucho gusto. Pero me dice muy ejecutiva: “En 15 minutos pasamos por ti”, pues ya conocen el lugar. Pero ¿dónde andan? pregunto yo. “Acá por el Estadio de Fútbol Jalisco”, donde hace unos momentos se enfrentaron, nada menos, las escuadras de Brasil y México. Naturalmente, mi comentario al estilo de Germán Dehesa fue: “Miren. Aquello está todavía un poco lejos y se cruzan lo que llaman turísticamente ‘lo destinos de playa’. Vengan con calma y los llevo al célebre ‘Cazadores’, que es muy agradable y fresco en la tarde. Y así fue como vine a ver a Andresito de dos años, muy platicador y juguetón, y a Daniela que crece y crece, tuve una buena charla de sobremesa muy a gusto con tiempo suficiente para que salieron como bólidos hacia Morelia. La empresa cumple 15 años ya y ha sido ejemplo de gran perseverancia, tesón y servicio que yo he sido el primero en disfrutar. Me admira, sobre todo, el gran espíritu de aventura que tiene Diana y que quizá me heredó, recordando también algunos audaces paseos de la infancia.

Para el domingo Laura y Sergio también se arrancaban de Manzanillo con los nietos de 10 y 8 años, con la intención de llegar al D.F. y a clases al otro día, y me invitaban a “desayunar”. Igual les advertí con el corazón alegre pero cruel escepticismo. Es cierto que en una hora o menos puedes brincar de Manzanillo a Colima y de ahí una buena autopista te trae al Área

Metropolitana de Guadalajara a velocidad de crucero en dos o tres horas, pero aunque me imaginé posible recibimos en un buen desayunadero tipo Wings junto al Sam’s de Mariano Otero y hacemos

vivíamos en la calle Mina en una casa alargada con patio de un solo piso en la esquina a una cuadra del cine Palacio, donde mi padre tenía su consultorio y ambos dieron clases en el entonces

más pequeño y pedregoso en medio de ese vergel. (también algunos amigos de infancia vivían en casas muy estilo inglés, en chalets más arbolados, en las cercanías o dentro de las instalaciones de



todos muégano en abrazos y besos, se me hizo un sueño imposible; a lo sumo —pensé— será un rápido “lunch”. En efecto, ya cerca de las doce habló Laura para confirmarme que apenas estaban llegando a la capital de Colima y que sí la veían muy pesada la subida desde la[s] ricas costas del Pacífico al gran altiplano del Anáhuac.

Espero que todos hayan llegado con bien a sus destinos y desde aquí les echo muchas porras.

¿Te das cuenta de lo rollero que soy y todavía no entro en materia? ¡Torreón en los cuarenta y cincuenta del siglo anterior! Imagina tras el reparto agrario, llegamos primero a Gómez Palacio,

flamante Instituto “18 de marzo” (fecha de la expropiación petrolera) cuyos muros decoró Horacio Rentería y yo recuerdo el aula del kindercito lleno de espléndidas pinturas con alegorías de los cuentos infantiles, desde los fabulistas griegos hasta Andersen y Oscar Wilde, y la imagen del Quijote y Sancho. Es el que pintó el óleo «El pizcador» que siempre tuvo mi madre en su sala, y aún conservo. También te diré que el Country Club, con campo de golf, albercas y canchas de tenis de arcilla, de la Región se encuentra o se encontraba pasando los puentes, enseguida de la vital vía del tren, entre los cerros a la izquierda, al que llamaban de La Calabaza, y uno

una gran aceitera, siempre siguiendo la vista de las vías del tren rumbo al norte, es decir, hacia Parral. Por lo demás, Gómez Palacio es considerada como una ciudad chata y fea, aún comparada a Torreón. En dirección al camino que va a Lerdo y luego hacia Durango, se daba vuelta al cerro de La Pila desde donde se libraron algunas tremendas batallas (literariamente te recomiendo el poema clásico de José Manuel Othón, “Idilio salvaje”, escrito en Lerdo cuando fungía como Juez de Paz y veía el paisaje “inmensamente triste” del desierto; Lerdo era un pueblito nostálgico, también mejor arbolado y hasta podía uno de verdad, después de saborear sus nieves,

ir a pasear a un pequeño brazo de río con agua “auténtica”, porque lo que era y ha sido el Nazas, ya se convertía en “cartolandia” como el lecho del río Tijuana, pues no se creía en que llegaría el agua hasta que llegaba como avalancha cafetosa y torrente de lodo.

Para mi tercer año de primaria mis padres optan por enviarme a estudiar a Torreón, al Colegio Cervantes, y tomaba un camión que pasaba justo en la calle Mina, pues el legendario tranvía era más lento y expuesto. Este colegio, aunque era de paga, tenía el prestigio de los profesores españoles trasterados, la mayoría republicanos, aunque también había en la comunidad española comerciantes y algodoneros que defendían a sotto voce a Franco, y aquella escuela fue también un semillero cultural, cuando recuerdo las Covadongas, donde surgieron primero Magdalena Briones y luego Piolar Rioja como la gran bailarina que todavía admiramos no hace mucho. A mi regreso de San Francisco y Novato, donde me emparejaron con el “fourth grade” de la primaria, con las deslumbrantes experiencias visuales y culturales del primer año de la postguerra, al regresar a Torreón me entero que los maestros catalanes, Farrús y Alexandre, se desprenden del Colegio Cervantes y fundan el Hispano Mexicano, en contraesquina de la Alameda. Nosotros vivíamos en la calle Jiménez 36-B, una privada de casas de departamentos de dos pisos y cuarto de servicio en la azotea, donde vivían al frente los propietarios, la familia Rivas. Hace poco me platicaron que ya desapareció y no sé qué sustituyó a este predio. Pero su ubicación es fácil pues estaba exactamente a media cuadra de la avenida Matamoros y a la vuelta del Teatro Isauro Martínez, decorado en un exuberante estilo morisco, que hoy debe

estar restaurado y a cuyo lado se creó un centro cultural, todo ello a contraesquina de la Plaza Juárez, a cuyo frente se encontraba el Palacio de oficinas federales y a su espalda el Palacio Municipal. Lo curioso es que en el centro original, la plaza donde se encontraba el Casino de la Laguna y los hoteles y edificios más destacados, y arrancaba la avenida Morelos con sus camellones de palmeras, no había catedral, sino un pequeño templo metodista. Todo tenía su origen en la famosa Estación del Ferrocarril tan disputada en la revolufia (las breves y ágiles novelas de Rafael F. Muñoz o del general Urquiza pueden servir para imaginarnos cómo surgió ese centro histórico después de los dos grandes triunfos del villismo en las “tomas de Torreón” para después avanzar sobre los orzoquistas o luego enfrentar al Varón de Cuatro Ciénegas, que también se descolgó desde Coahuila, como Madeiro desde Parral. (Otro gran paréntesis: el mito es que Villa personalmente aventaba a los chinos desde la altura del Casino; la realidad de este asunto es que tuvo tintes genocidas aún peores, la matazón de chinos la consumaron a cabalidad las primeras tropas que entraron a la ciudad y cuando Villa y su estado mayor se instalaron en la ciudad, aquel desenfreno estaba consumado. En la colección Regiones de Conaculta hay una investigación muy documentada al respecto; el sentimiento antichino por la disputa xenófona de las tierras y fuentes de trabajo aparece desde el manifiesto fundador del Partido Liberal magonista. De niño en alguna calle veíamos con extrañeza unas oficinas de Kuo Ming Tang, del partido de Chian Kai Chek. y ahora entiendo por qué conocí la comida china primero en lugares muy sórdidos, medio escondidos, con altos patios llenos de va-

por, cuando ya joven los encontrábamos en la ciudad de México, no en el clásico café de chinos sino en su propio barrio del callejón de Dolores... y luego en toda la frontera en grandes restaurantes de exótico decorado. No cabe duda que son tenaces, pues luego vino la moda de la comida japonesa con mucho más espectáculo, comercialización y costo; y enseguida los cronistas de la TV: en la Copa del Mundo hicieron gran alarde de las extravagancias culinarias de los coreanos del sur que se comen vivas algunas criaturas marinas no sólo sin hacer gestos sino risa y risa. El misterioso oriente tiene que globalizarse más aún ahora que continúan las amenazas de ajustes de cuentas y para cobrar o pagar caro el embargo nuclear. Caray, mírame y dame un coscorrón por hablar tanto de batallas y guerras.

Mi madre dio clases de inglés en casi todas las escuelas de la ciudad, hasta en el Colegio La Luz de señoritas, y clases particulares a muchas familias de la ciudad, pero fue acumulando horas-clase en la secundaria y preparatoria Venustiano Carranza donde yo estudié, que luego se incorporó a la Universidad de Coahuila, con lo que pudo finalmente hacer sus largos viajes a Europa y a los Estados Unidos para recuperar esa gran pasión por el arte que la obsesionaba y finalmente jubilarse, aunque siguió con clases particulares hasta principios de los ochenta, como recordarás.. Esta escuela, la gloriosa PVC, se inauguró para el año escolar 50-51, los que entramos a secundaria en el 49-50 trabajamos en las aulas prestadas de la escuela Centenario, que luego siguió siendo aprovechada como secundaria y preparatoria vespertina, mientras nosotros pasamos al nuevo flamante plantel, que estaba frente al que se llamaba El Bosque, donde también se

abrió un pequeño Museo de Antropología e Historia sustentado en la colección que nuestro maestro Wenceslao Rodríguez fue reuniendo en colaboración del prestigiado investigador Pablo Martínez del Río del INAH, para registrar los sitios más antiguos de las culturas del desierto, digamos los ititas, y las cuevas y rocas con pinturas rupestres en toda esa región que se concibe que se pobló en torno a la Laguna de Mayrán. Quizá por eso ahora entiendo que el plantel cambió de nombre por el de José de Jesús Borrego, aquel que escondió las 14 carretas que llevaba Juárez en su camino hacia las tierras de Chihuahua, en la Cueva del Tabaco, al frente de los rancheros que les decían los “tulises” en un miserable pueblo que llaman El Gatuño. La historia cuenta que el propio Juárez, quien les encargó cuidar y resguardar aquellos papeles, le sugirió tomar el nombre de Congregación Hidalgo, y que los franceses que ya lo querían alcanzar con la cada vez más abierta complicidad del gobernador de Nuevo León, Santiago Vidaurri, al advertir o recibir noticias

que “tren de equipaje” que llevaba el gobierno liberal trashumante se había reducido en algún punto del camino, los habitantes de ese terruño fueron sometidos a terribles presiones y torturas sin que nadie revelara el escondite, según las altas y bajas de los cinco años que duró la intervención. ¿No te parece una historia para un “western”? Las carretas regresaron a Palacio Nacional y contenían si duda, en su afán de legitimismo, una buena cantidad de legajos de nombramientos, actas, adhesiones, renuncias, informes y no sólo menaje de casa, es decir, una parte quizá importante del Archivo General de la Nación. Pues es en la que se basó Paco Ignacio Taibo II para una novela con la que ganó el Premio Planeta.

Bueno pues, lo que me dicen es que ahora alberga una populosa secundaria; pues quizá la Universidad tiene muchos otros más modernos planteles, es ésta frente al Bosque, rumbo al norte a un par de kilómetros del Estadio Revolución, sede beisbolera del Unión Laguna, que era más nuestro deporte, así como el

basquet y las competencias ciclistas. En ella es en donde consagraron una placa a la entrada de una aula a Rosa V. de Reyes y como digo, la colonia española estaba en el eje de la avenida Colón, hacia el Parque San Isidro, donde surgieron los fraccionamientos residenciales más elegantes, después de uno llamado Torreón Jardín y el primer campo de golf propiamente de la parte coahuilense de la comarca lagunera, conurbación interestatal bastante desigual. El torreoncito que le da nombre a la ciudad hay que irlo a buscar allá arriba de un cerro más por el rumbo del centro y vieja estación ferroviaria. Siguiendo esa cadena de “cerros viejos y pelones” aparece la ancestral siderúrgica de Peñoles, que ahora denuncian que ha llenado de plomo los pulmones de los niños de las colonias populosas. En el auge del algodón las despepitadoras, empacadoras, aceiteras florecieron y luego vino la afanosa búsqueda de las maquiladoras de ropa de mezclicilla, pues los “jeans” no dudábamos que era una contribución a la cultura humana de los



## A un año del terremoto y la solidaridad

Lucila Navarrete Turrent

**A** las 13:14 horas del 19 de septiembre de 2017, el Servicio Sismológico Nacional reporta un sismo de magnitud 7.1 con epicentro en la frontera entre Morelos y Puebla, a escasos kilómetros de la Ciudad de México. Fuertísimas sacudidas toman desprevenida a la ciudadanía y segundos después se activa la alerta sísmica. En distintas zonas el polvo comienza a pintar un paisaje aterrador. Las avenidas se saturan de autos, y el escombros y la desolación en una lluvia de objetos sin sentido construyen la escenografía de una ciudad que comienza a ser ocupada por un gigantesco voluntariado de jóvenes que recorren las calles en busca de palas y cubetas, de cascos y botiquines, dispuestos a encontrar sobrevivientes.

Algunos de esos voluntarios fueron estudiantes de mi clase de Crítica y Teoría Literaria Latinoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Durante los días posteriores al desastre nos preguntamos de qué manera las humanidades, y en particular la literatura, podían contribuir a la rehabilitación colectiva. Entonces decidimos transformar el aula en un espacio de acompañamiento y formación teórico-metodológica para intervenir con rapidez y prudencia en una realidad que demandaba a gritos enmendar las fracturas más íntimas de la tragedia y también adoptar una actitud contestataria frente a la indolencia y debilidad de nuestras instituciones gubernamentales. Durante varias semanas verificamos que la recuperación social pendía tanto de la capacidad para resolver necesidades inmediatas —como curar heridas, interponer denuncias, preparar alimentos, coordinar brigades—, como de rehabilitar la memoria, la imaginación y los afectos. Por esta razón emprendimos la tarea de estudiar y poner a prueba la relación entre testimonio y literatura, entre creación y terapéutica.

Felipe Castillo, Stefany Cisneros y Karl de Negri, todos ellos estudiantes de la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos de la UNAM, participan en esta entrega conmemorativa con textos variablemente relacionados con el testimonio y el género cuentístico. Organizar este espacio desde la Ibero Torreón, a donde me reincorporo como docente después de varios años de haber egresado de sus aulas, constituye la posibilidad de tender un puente, un diálogo fecundo entre jóvenes y colegas de varias latitudes geográficas y universitarias.

A un año del desastre y desde tierras donde es imposible que suceda una tragedia de tales proporciones, resulta prudente hacer una pausa y reflexionar cómo actuaron nuestros universitarios a lo largo del país; cómo se organizó un ejército de jóvenes solidarios que fue capaz de responder a los reclamos de su desgarradora realidad.

### Lucila Navarrete Turrent

(Torreón, Coahuila) Investigadora, docente y periodista cultural. Ha impartido clases en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en la Universidad de la Comunicación, la Universidad Iberoamericana Puebla y el Instituto Superior Intercultural Ayuuk. Es Licenciada en Comunicación por la Universidad Iberoamericana Torreón; Maestra y Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM en el campo de literatura. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad Autónoma de Madrid y la Universidad Nacional de Córdoba en Argentina sobre temas relacionados con autores de la tradición literaria cubana, entre ellos Jesús Díaz y Virgilio Piñera. Cuenta con diversas publicaciones en revistas arbitradas e indexadas, como la revista *Cuadernos Americanos*, la *Revista Surco Sur* y *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. Asimismo publica periódicamente para *Revista de Coahuila*, *Casa del Tiempo* y *Cuadrivio*. Actualmente se desempeña como profesora de asignatura del área de Humanidades de la Universidad Iberoamericana Torreón.

lucilanavarrete@gmail.com

From: Martín Reyes Vayssade  
To: Claudia Reyes Trigos  
Subject: Fe de erratas  
Date: Thu, 02 May 2003, 22:34

Hija: por si te llegó el largo «rollo» que te escribí, saltando de un asunto a otro, para que imagines en contexto histórico y vivencia personal lo que era Torreón entonces, estoy seguro que estaba plagado de “erratas”. Rectifico y preciso: el nombre correcto del plantel que fuera la preparatoria Venustiano Carranza es Juan de la Cruz Borrego. La novela de PIT II que recuenta esta historia se titula *La lejanía del tesoro*, Premio Planeta-Joaquín Mortiz 1993, y naturalmente es un epopeya china, escrita con la agilidad que lo caracteriza como prolífico autor de novelas policíacas y otras biografías.

Todo bien acá. Mina ya regresó. De nuevo saludos a todos. Martín.

se encuentra el Templo de El Carmen, y tres calles más arriba llegaba a la esquina de la Jiménez donde, a la vuelta de una funeraria y a media cuadra estaba la privada. El periódico *La Opinión*, por cierto, donde yo hice mis pininos estaba pocas cuadras adelante sobre la Matamoros también y ya más adelante pero en la otra acera el decano *El Siglo de Torreón* de la familia Juambels donde también escribí mi padre una columna sobre temas médicos, pero imagina de lo que te platico cuando recuerdo ahora que todo esto sucedió hace más de medio siglo. Quizá ahora en nuevos viajes se orienten mejor, aunque eso debe estar muy cambiado.

Empecé este rollo hace varias horas y te lo debí programar como un “clip”, a ver si lo recupero en la carpeta de “borrador”.

Vale, un abrazo a todos.

bragados rancheros del norte. El desarrollo desigual se trazó por los ejes ferroviarios y carreteros. Saltillo vive más su cercanía a Monterrey, como Monclova ha visto decaer sus Altos Hornos, tanto como ustedes ven allá como gran símbolo los restos propiamente de carácter monumental de “arqueología” industrial de la Fundidora, que en efecto puso en marcha todo un gran proyecto educativo de gran proyección nacional y jerarquía reconocida a nivel internacional como el TEC y diversificó su desarrollo. El otro sistema importante de enseñanza superior privada fue el creado por los jesuitas de la U. Iberoamericana, el ITESO. En Torreón fueron los de la Escuela Carlos Pereyra que también se encontraba atrás de la Alameda. Los amigos de mis andanzas infantiles y juveniles surgieron de ese camino de la calle Degollado, paralela a la Colón, cruzando al cual, dos manzanas adelante sobre la Matamoros,

# Volveremos

Felipe Castillo Jiménez

El chofer les pidió que se bajaran. Luego vieron al camión dar media vuelta y deambular avenida arriba esquivando carros que ya iban en sentido contrario. Todos caminaban desbordando las banquetas. El hombre, sin embargo, no sabía bien qué hacer. “Siempre siento una quietud tremenda al llegar a mi casa. A pesar de que el camino de ida sea de dos horas y el de regreso de otras dos. No hay una sensación en el mundo comparable a la de ver los postes viejos, repletos de cables, coronados por transformadores sucios. De ver nuevamente las banquetas partidas, a los vecinos asomándose siempre tranquilos, al pavimento todo chueco. Dar vuelta por la esquina, oír a los perros habituales pegar corretizas”. Su casa estaba lejos y la tarde amenazaba con llegar pronto.

Imaginó, primero, la escuela de los niños derrumbada. No sabía qué pensar realmente. No tenía manera de pensar algo. Y si su casa, y si su casa... mejor no preocuparse. Mejor caminar acompañado de toda la gente, que iba cabizbaja, como si algo malo hubiera pasado en las casas de cada uno de ellos. Más adelante encontró un poste tirado, partido a la mitad. Había dejado algunas varillas peladas al aire. Los cables que sobraban pendían del poste más cercano y la gente aún lo rodeaba, como si fuera el cadáver de algún recién atropellado. Se quedó allí parado, anonadado, frente al poste tirado a la mitad de la calle. Lo miró cerca de diez minutos y luego siguió su camino. Sobre la avenida Zaragoza no volvió a encontrar postes deshechos. Aunque se la pasó buscándolos obsesivamente.

Recordaba perfectamente cómo fueron aquellos meses del desastre del 85. Conservaba en su mente imágenes de los edificios partidos a la mitad, o caídos sobre sí, o vomitando cascajos a las calles. Aún permanecían en su mente los letreros de los grandes hoteles destruidos, de los cafés reducidos a escombros. Pero aquello que vio durante la tarde le parecía más bien suciedad, como si todo manara del suelo. Tenía miedo de volver a encontrar edificios rotos, puentes vehiculares deshechos, gente aplastada, atrapada entre lozas de cemento aniquiladas. Se acordó, por supuesto, de aquella casa que quedaba cerca de donde tomaba el último camión que lo conducía finalmente a su hogar. Aquella casa que estaba a un costado de la iglesia de San Lorenzo era una construcción vieja y muy deteriorada. Al menos dos de sus bardas estaban a punto del colapso y seguramente

esta tarde habían, por fin, sucumbido a los embates del tiempo y de la tierra.

Conforme avanzaba se iba acordando de sus viejos días en el barrio, porque pensó que tal vez ya no iba a estar más allí. Tenía que pensar en algo, pues

se notaba una expresión de congoja en su rostro.

—¿Y de qué dices que trabajas? —inquirió el oficial.

—Soy vigilante.

—¿De qué?

la mitad de blanco, de los dos niveles. En la planta baja todo estaba circundado por ventanales. Las pequeñas escaleras que conducían al segundo piso estaban repletas de cajas de cartón con un contenido misterioso.



aún era largo el camino. El metro no funcionaba y el chofer había terminado con sus últimas esperanzas de llegar temprano a casa. Pensó en sus amigos. Recordó que uno de ellos, Ernesto, había tenido algo de suerte, un par de buenos trabajos y después de casarse con una hija-de-buena-familia, había logrado mudarse a la Narvarte.

—Está bien, pueden quedarse esta noche aquí. Pero no más —advirtió el policía—. A ver tú, güey, ponles allí unos cobertores... sí, esos viejos que le echábamos a la Canela.

El policía los volteó a ver. Encendió un cigarro y luego se rio. El hombre, con su mujer y su hija, estaban hambrientos. Aunque la niña dormía plácidamente,

—Trabajo en un edificio, por la Obrera.

—Ah —dijo mientras exhalaba una bocanada de humo. Le dio otra calada y luego se sonrió, como burlándose. Los miraba despectivamente —y ahora qué vas a hacer.

—No sé.

—En la tele estaban diciendo que hay refugios.

H.J. Martínez, decía en la placa del policía. Hubo silencio unos minutos. El oficial Martínez siguió fumando. Se acercó el otro policía, traía unas cobijas viejas que acomodó en la esquina de la pequeña habitación. Era sólo una caseta de vigilancia, situada en el cruce de dos avenidas, frente al tiradero de basura. La estructura era nueva, sólo estaba pintada

—Tú, Juanito, ¿sabes dónde están los refugios que han estado diciendo en la tele?

—No sé, mi jefe. Pero ahorita se lo investigo.

—A ver pues —se dirigió a la familia—, acomódense en ese rincón. Ahí están las cobijas para que se tapen. Ahorita les cierro aquí y apago la luz. De todos modos yo creo que ya no va a pasar nada.

El subalterno buscaba información a través de su celular. Martínez lo miró y luego arrimó la silla y la mesa que estaban a la mitad del cuarto hacia el ventanal del frente. Se sentó en la silla y estuvo un rato viendo por la ventana, mientras terminaba de fumarse el cigarro. El humo poco a poco inundó

## Felipe Castillo Jiménez

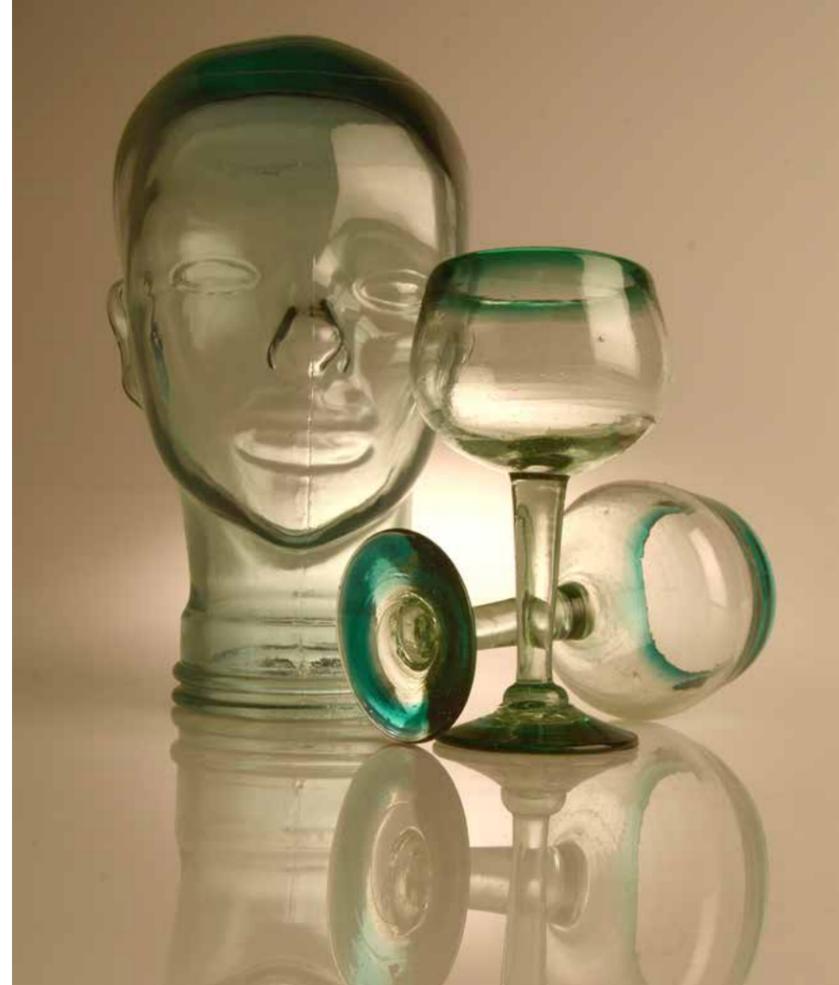
(Ciudad de México, 1996). Actualmente cursa los semestres finales de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Desde hace algunos años se dedica a la producción de contenidos radiofónicos para la radio en línea del Centro Cultural de España en México. Ha colaborado en un par de proyectos independientes, como la *Revista Osario* y *La casilla ahumada*. También ha participado como colaborador invitado en el Seminario de Estudios sobre Narrativa Latinoamericana Contemporánea de la UNAM. castillof63@gmail.com

la habitación. El hombre y su esposa acomodaban las cobijas en el piso. Él había traído un par de cobertores sucios y unos cartones manchados de aceite quemado. Los pusieron como base en el piso y la mujer se acostó con la bebé en brazos. “¿Y tú?”, preguntó la mujer. El hombre no respondió y se asomó por la entrada de la caseta de vigilancia para platicar con el oficial que buscaba algo en el celular.

—¿Cuántos meses tiene?—preguntó el oficial Martínez a la mujer que ya estaba recostada.

Ella pareció no escuchar. Acomodaba las frazadas alrededor del cuerpecito de la pequeña, mientras hacía “a la ro-ro-roo” en voz baja, como balbuceando. Martínez las observó fijamente. Encendió otro cigarro y regresó a mirar a través del ventanal. Afuera no se veía nada. El alumbrado público no funcionaba hasta esta parte de la avenida. La mayoría de las casas no estaban pintadas por fuera. Eran todas de un solo nivel. La poca luz que iluminaba parcialmente la avenida era de los focos de estas casas, de los televisores que aún estaban encendidos. En sordina llegaban las notas de música de banda proveniente de alguna calle aledaña. El ambiente apestaba a basura.

“Pronto volveremos, con la ayuda de todos”. Leyó en la foto de un periódico. La frase estaba pintada sobre una barda que había quedado en pie delante de un montón de escombros y polvo. Ese día no le cobraron la entrada al metro. Agradeció no tener que gastar cinco pesos más. Se bajó, como siempre, en la estación Doctores. Pero había algo enrarecido en el ambiente. Había cierto olor inusual. La poca gente que usaba el metro lo hacía consternada en su mayoría. En el camino encontró a varios sujetos con botas,



cascos, picos, palas, vestidos con overoles azules o anaranjados y que en la espalda llevaban escrito “búsqueda y rescate” o “bomberos”. Encontró a un par que lleva la bandera de Chile y un pastor alemán también con uniforme y lentes protectores. Los rescastistas, se dijo. Al salir del metro notó que casi no había gente en la calle. El Eje Central estaba repleto de bicicletas que iban y venían. En la entrada de la calle Chimalpopoca vio los cordones de seguridad que controlaban el acceso. En el fondo se levantaba una pequeña nube de polvo, con densidad casi transparente. Se apreciaban a lo lejos los escombros.

A un costado de la entrada del metro había una *van* de Televisa interrumpiendo el paso habitual de las personas. Allí dentro había algunas cámaras y pantallas. La furgoneta llevaba encima

una antena gris, enorme. Un sujeto desayunaba café con pan en su interior.

—¿Qué pasó allí?

—¿Qué no sabes?—dijo masticando un pedazo de pan— se cayó la fábrica.

“Se cayó la fábrica”, se repitió internamente. “Se cayó la fábrica”. Caminó para cruzar el Eje. Cuando iba llegando a la esquina, antes de atravesar el primer cerco policial, Tomás lo vio desde lejos. Se levantó del puesto de caldos de gallina que ese día estaba cerrado y lo alcanzó una vez que llegó a la acera.

—¿Cómo estás, cabrón? —le dijo con un tono expectante y mirada torva—. ¿Todo bien? ¿Cómo está tu familia? Pensé que no ibas a venir hoy. ¿Qué no escuchaste las noticias? Todas las enfermeras están atendiendo a la gente que necesita algo de ayuda de la fábrica. A los que van sacando se los están llevando al Centro Médico. Nos dijeron que les

ayudáramos a llevar estos víveres para allá dentro, o a organizar la herramienta que viene llegando de todos lados.

—Se cayó mi casa —le respondió. Lo miró a los ojos. Comenzó a llorar. Tomás lo abrazó.

Continuó caminando con la demás gente. Cruzó el primer puente vehicular con miedo de que éste se desplomara apenas pasara debajo de él. Recordó que había conseguido su trabajo gracias a su amigo Ernesto, quien lo había recomendado con su optometrista que también trabajaba en el hospital. Le habló un sábado por la mañana, a su celular. “Pero cómo, si yo ni soy doctor”, recuerda haberle respondido. “Ya sé, pero vas a entrar de vigilante. ¿Cómo ves?”. Se presentó dos o tres días más tarde. Le dieron su uniforme, un par de zapatos y una gorra con la que supuestamente se cubriría del sol. Habló con Ernesto un mes después. Le agradeció por haberle conseguido el trabajo. Quedaron de verse algún día para tomarse una cerveza y platicar.

Tras media hora de marcha ininterrumpida, comenzó a correr el rumor de que la Clínica 25, que estaba a unos metros de allí, se había derrumbado. Se decía que tal vez no se había derrumbado, pero que estaba por hacerlo, que era cuestión de minutos. “Ay Dios mío”, exclamó una señora. “Ay Dios mío, mi papá está internado allí”. La gente que la rodeaba notó su angustia. Una camioneta de redilas que iba repleta de personas se detuvo y con ayuda de los demás tripulantes, subió a la señora y retomó su camino. Comentarios sueltos se dejaron oír: “Pobre señora, iba toda espantada, como que le faltaba el aire”; “Más que pálida, se puso morada”.

Cuando el hombre pasó frente a la estación de servicio de una cadena de

automóviles se volvió a acordar de su amigo Ernesto. Aquél, que siempre fue el que había llegado de la Portales, el que decía que odiaba vivir en ese basurero. A veces se iban juntos al Peñón Viejo, a trepar el monte. Néstor, como ya era llamado en la cuadra, solía decir que lo único que esperaba era tener un jardín con pasto donde poder acostarse a ver las nubes. Por eso le gustaba irse para el monte, se olvidaba un poco de dónde estaba. “Pinche ciudad Neza”, decía, “es pura tierra, pura tierra árida”. Renegaba de que su padre los hubiese traído a rastras hasta acá donde lo único bueno que había eran las funciones de cine de ficheras a las que podían colarse en las matinés. En la fachada del negocio de automóviles estaba grafitado: aquí estuvo Néstor. Por eso se acordó de él.

Subió el puente peatonal y atravesó la avenida repleta de carros. Volteó hacia el poniente y observó a cientos de personas avanzando con cadencia, mirando nada más que al piso. Bajó del otro lado del puente y se adentró en las calles intrincadas para cruzar después la avenida Texcoco y llegar por fin al Estado de México.

Caminó derecho hasta su casa en la calle Rancho Grande. Dobló en la esquina y vio que todo estaba tranquilo, como en cualquier martes por la tarde. Eran cerca de las siete. No había luz en la colonia y su mujer estaba a media calle abrazando a su pequeña hija. Cuando se acercó con ella, notó que su semblante estaba desencajado y pálido. Señaló hacia su casa. La barda del vecino había caído sobre su patio y aplastado la puerta principal. No había forma de entrar, salvo por el techo. Justo enfrente había un poste de luz derrumbado.

Los vecinos les dijeron que lo mejor era hablar con la policía del lugar. Algu-

no de ellos los acompañó hasta la caseta de vigilancia más próxima. Ya había anochecido y la luz eléctrica estaba por reestablecerse.

Al otro día, temprano, el oficial en turno les pidió que dejaran limpia la caseta. No quiso decirles más. No les dio ni cinco pesos para el camión, ni las indicaciones de cómo llegar a la delegación de Iztacalco y cómo buscar el refugio.

Tuvieron que ir de casa en casa pidiendo dinero. Alguien les dio diez pesos. Alguien más tomó cincuenta y les dijo que lo mejor era ir en taxi. Pero todos los miraban con desconfianza y miedo. Incluso el taxista, al que le pagaron 60 pesos para que los llevara al albergue en Iztacalco.

Una vez allí, se despidieron. Él tenía que ir a trabajar. No hay de otra, le dijo a su esposa, tú te quedas aquí con Paola y yo regreso en la noche. Aquí tienes comida, en ese montoncito de allá hay ropa limpia. Hasta hay una doctora por si la niña se te pone mala. Yo creo que tú te puedes quedar en esta colchoneta y ya, si no cabemos, me acuesto aquí en el piso junto a ustedes.

El hospital también tenía algunas cuarteaduras. La mayoría de los pacientes habían dejado las instalaciones, y otros más preferían quedarse allí. Afuera, el sonido de las ambulancias y el trajinar de las personas eran interrumpidos de tanto en tanto. “El silencio estalla afuera”, pensó, cuando un paciente le dijo: el silencio está allá fuera. Entonces salió. En la calle, Tomás corría de un lado a otro diciendo a los automovilistas que entraran por la puerta trasera del hospital, que por ahí no dejaban pasar. Todos estaban tan ocupados que cuando salió y cruzó la calle, nadie lo notó.

## Otra vez septiembre

Stefany Edit Cisneros Zúñiga

Me miré al espejo y pregunté cómo veintidós años podían pesar tanto. Eran las 5:00 de la mañana. Me había costado despertar ese día. Cuando abrí los ojos parpadeé una, dos, tres veces para que mi vista —o lo que permitiera mi miopía— pudiera aclararse. Continué con la rutina hasta salir de casa. Mis gatos maullaron, era su forma de despedirse.

Los pies me pesaban como dos bolas de cañones. Recordé a Anja, solía emanar un aroma a gardenias y a marihuana ¿Por qué no contestaba mis mensajes?

Como todos los días, la ciudad estaba saturada de todo tipo de ruidos. Era un coro de pitidos, gritos, saludos, charlas efusivas y conversaciones forzadas.

La mayoría de los gritos provenía de mujeres que rebasaban por poco el metro y medio de estatura y de hombres ligeramente más altos. Ambos ofrecían productos “para el niño, para la niña, para que vaya disfrutando en el camino” o “para esa higiene personal”. Una extraña combinación entre panes, juguetes, cortauñas, cocteles de fruta, cremas elaboradas a base de marihuana para el dolor y pequeños ramitos de gardenias. De nuevo el recuerdo de Anja, hacía días que no sabía nada de ella.

Recordé sus manos, tan largas y peculiarmente varoniles, su sonrisa y la estrechez de su cintura. Volvió a mí el instante en que nos conocimos. La probabilidad era inexistente. Vivíamos tan lejos la una de la otra y aún así, sucedió.

Hice gran parte del recorrido de forma mecánica. Llegué a Chabacano. Entonces, mientras esperaba abordar el tren para dirigirme a la estación Tacubaya, dos mujeres comenzaron a gritarse. Me quité los audífonos y pude entender mejor. Una mujer le reclamaba a otra haberle echado atole encima de los zapatos y la otra respondió “Si no te gusta, vete en taxi”. La mujer que reclamaba tenía como cuarenta años, llevaba una falda roja, zapatos de gamuza negra —ahora con una gran mancha blanca— y un saco sencillo. Su peinado constaba de un chongo improvisado que reunía poco cabello y que además había sido teñido hacia unos meses pues las raíces negras habían desplazado seis centímetros del rubio cenizo. La mujer casi no tenía cejas ni estaba maquillada. Su contrincante era una

Tomó el trolebús que también ese día era gratuito. Después de varios minutos se bajó enfrente de la estación de bomberos. Sólo una cosa ocupaba ya su mente: Ernesto. Se acordó de su amigo desde el día anterior. Era el único capaz de ayudarlo en un momento así. No sabía que ocurriría con su casa, ni con su trabajo ni con su familia.

Caminó apresuradamente. Atravesó las calles repletas de gente gritando, organizando acopios, cadenas humanas, repartiendo comida, dulces, lo que fuera. Andaba. Recordó la única vez que fue a casa de Ernesto. Lo vio feliz, en el patio trasero, donde tenía un pequeño jardín. En la imagen que guardaba dentro de su memoria, Néstor estaba de pie, mirándolo a los ojos; la luz le caía directamente sobre su rostro, por lo que tenía los ojos entrecerrados, el cabello largo, las manos en la cintura. Néstor sonreía, feliz, plácido, en su jardín.

Dobló en la esquina de la calle, como hace más de quince años lo había hecho. Esta vez sin la alegría de aquel domingo. En esa colonia el desorden era mayor, aunque la Marina ya cercaba los alrededores. Centenares de personas andaban por las calles. Había muchos campamentos improvisados frente a edificios a punto del colapso, donde los inquilinos observaban cómo sus hogares se inclinaban poco a poco para derrumbarse, cómo las grietas paulatinamente crecían sobre las bardas y los pilares. Frente a un edificio de siete pisos, observó cómo un sujeto entró precavido por la puerta principal que estaba casi en escombros para sacar, solo con sus manos, la mayor cantidad de pertenencias que pudiera, ante el latente peligro de derrumbe. En algunas esquinas había filas de voluntarios que esperaban su turno para poder cruzar los cercos

policiales con la intención de levantar escombros. El sol no terminaba de caer a plomo y todo se veía de un extraño tono anaranjado. En el fondo, además del sonido de motores, de ambulancias y sirenas se escuchaba algo como un cuchicheo constante; eran como susurros de aquellos que no querían elevar la voz para escuchar, para escuchar cualquier cosa, cualquier sonido.

Como llevaba puesto el uniforme de vigilancia del hospital, lo confundían con un policía. Cruzó las líneas de seguridad que resguardaban el trajinar de las personas en los derrumbes. Él continuó andando sobre la calle que ahora se presentaba en su memoria de una forma más nítida. Iba contando los números. Con temor de recordar con exactitud el número de la casa que eventualmente encontraría unos metros más adelante. “Ojalá que no”, se dijo en voz baja, “ojalá que me haya equivocado de calle”.

Frente a los escombros había cadenas humanas que se pasaban cubetas, de

ida vacías, de regreso llenas de cascajo. Una señora lo vio y le dio agua, lo tomó del hombro y le sonrió, intentó consolarlo. Él había dejado de escucharla. Notó que le corrían lágrimas por el rostro. Observó cómo los vecinos lo volteaban a ver, conmisericordándose.

En los alrededores había cartulinas con mensajes escritos: “Para Yola, con cariño de Graciela, por siempre en mi corazón. Sobrevivientes en el 68”; “A ti, Lore, por cambiar el rumbo de mi vida. Disculpa si jamás volví a verte, pero siempre sabré lo grande y genial que fuiste”. Siguió avanzando. Enfrente de lo que fuera el edificio donde vivía su amigo estaba el muro intacto que había visto esa mañana en una foto del periódico. En su mente estaba Néstor, de pie, con las manos en la cintura, los ojos entrecerrados, mirándolo directamente, sonriendo, feliz y le decía: “Cuántos años sin vernos”. Frente a él, en el muro, se podía leer aquella frase: “Pronto volveremos, con la ayuda de todos”.



## Stefany Edit Cisneros Zúñiga

(Ciudad de México, 24 de enero de 1995) Desde el 2014 a la fecha forma parte del proyecto de Narrativa Fantástica y Poesía del Centro Cultural José Martí en la Ciudad de México, lo que le ha permitido presentar parte de su obra poética y narrativa en distintas ferias como la del libro en el Palacio de Minería (2015-2018), de las Culturas Indígenas (2015, 2016) y el Remate de Libros del Auditorio Nacional (2014- 2016, 2018). También formó parte de la revista estudiantil *Horizontes* (2016-2017) de la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Actualmente cursa los últimos semestres de esta carrera, y como editora es becaria en la revista *México Desconocido*. muertepoetica.seth@hotmail.com

mujer de aproximadamente cincuenta años. Llevaba un vestido cubierto por un mandil de flores verdes. Sus zapatos eran cafés. En las manos llevaba —en efecto— un atole destapado y una “guajolota”, como podía se aferraba a una bolsa de mano negra y a un suéter verde aguacate.

La señora mayor no había terminado de pronunciar la palabra “taxi” cuando recibió un jalón de cabello que la hizo tambalearse. Soltó lo que traía en la mano y gritó “Ayuda, por favor, suéltame vieja loca”. La ira de la señora Reclamos iba en aumento. Levantó el vaso de atole con lo que quedaba dentro de él y se lo echó encima a su sumisa contrincante. En ese momento comenzaron los chillidos y exclamaciones como “¡Ya déjala!”, “¡Háblenle al policía!”. No supe qué hacer, todo ocurrió en cuestión de segundos. Llegó el policía y al mismo tiempo el metro. Me fui.

Cuando llegué a la estación Tacubaya tuve que esquivar a los vendedores, varios montoncitos de mercancías extendidas sobre sábanas en el suelo y tumultos de rostros con las cejas contraídas. Anja no viajaba en metro, no entendería.

Me concentré en ella. Quería verla, necesitaba respirar en su cabello, ver en sus ojos y besar en su sonrisa ¿Por qué no respondía mis mensajes?

Anja vivía en la colonia Roma. Ahí la había conocido. Parecía modelo y ni siquiera me pasó por la cabeza tener alguna oportunidad con ella. Rod me lo había dicho, las modelos no hacen más que verse lindas. Y aunque no fuera una engreída insoportable, ¿de qué podríamos hablar?, ¿de maquillaje? Anja llegó a mí como una patada en los sin fundamentos de mis prejuicios.

Como película argentina del siglo XX, Anja pronunció “Si crees que no



sé volar, perderemos el tiempo, aún así, vengo a averiguarlo, ¿puedo sentarme?”. Así comenzó una historia que había durado siete meses. Anja era la primera pareja mujer que tenía y Anja era la primera persona que amaba.

Logré atravesar la ciudad y llegar a Polanco. Ahí trabajaba. La oficina se encontraba en el último piso de un edificio de 14 plantas. El lugar estaba cubierto de cristales en vez de paredes.

Todo era nuevo para mí. Hacía apenas unas semanas había entrado a la revista y para conmemorar el día, mi jefa me había encargado investigar lugares antes y después del terremoto del 85. Al principio pensé que sería una nota entre tantas, pero no fue así. Pasé toda la mañana intercalando el recuerdo de Anja con la lectura de noticias. Además, vi muchas fotografías viejas de restos de lo que un día fue vida.

Después de ver todas esas imágenes y leer aquellas historias, algo en mí se

quebró. Me costó un rato recuperarme y más aún no llorar. Todavía, cuando cierro los ojos, puedo leer el relato de un profesor del Conalep Hamburgo. El lugar colapsó por completo y en hora de clase, el profesor tuvo que ayudar a sacar de entre los escombros los restos de sus propios estudiantes, y es que la única forma digna de morir es cuando se muere completo, pero ellos fueron aplastados. El profesor contó que incluso quedaron destripados e irreconocibles. En su desesperación, los padres agarraban cualquier cuerpo o partes de cuerpo para poder enterrar a alguien.

Pasaron algunas horas antes de que las actividades cesaran por el simulacro que se repite cada año. La alarma sísmica sonó. Todos cumplimos con el protocolo: nos replegamos en las zonas de seguridad, nos dirigimos a la salida y bajamos los 14 pisos hasta salir del edificio. No hubo mayores incidentes. Se escuchaban ecos de saludos, preguntas casuales, risas,

algunos chismes y anécdotas. Alguien hablaba de lo que comería en la tarde; tortitas de pollo en salsa verde...

Después de unos minutos pudimos volver al edificio. Entonces, la quietud fue abruptamente interrumpida por un repentino movimiento de la tierra y por el sonido seco y cavernoso de la alerta sísmica que volvió a encenderse cuando ya estaba temblando.

El edificio se convirtió en un péndulo gigante, los vidrios parecían a punto de

estallar y todas las cosas comenzaron a moverse, apenas pudimos volver a replegarnos. Las computadoras se balanceaban sin terminar de caer, mujeres y hombres se abrazaban y rogaban por sus vidas y las de sus gentes. De repente se escuchó el estruendo de una taza mal puesta que se convirtió en pedazos de cerámica. El encargado de limpieza comenzó a gritar y alguien tuvo que consolarlo haciéndole promesas de que todo estaría bien (¿cómo pudo decirle

eso?, pensé). En serio creía que íbamos a morir. No dejaba de temblar, era un martirio que parecía no tener fin.

Cuando dejó de sacudirse el suelo, bajamos. Todo era un caos. No pude contener el llanto, tenía las fotos de los cadáveres en la cabeza, ¡no quería terminar así! El rostro de Anja me embistió como un flashazo doloroso. Crecía en mi pecho el temor de no volver a verla, ¿y si moría ese día? La gente gritaba, suplicaba por su vida. El llanto no tardó en hacerse presente. Las voces de arrepentimiento: “Por favor, Dios, padre nuestro que estás en el cielo”.

Conocidos se tomaron de las manos y desconocidos se vieron los rostros por primera vez. El miedo era una arruga gigante y un brillo generalizado en los ojos. Aún cuando ya había dejado de temblar, no paraba de pensar en Anja, era su día libre, debía estar en casa. Traté de llamarla, pero la línea telefónica estaba muerta. Intenté calmarme. Había dejado la cartera en la oficina y no pensaba regresar. Mi jefa dijo que podía irme, no escuché lo demás, caminé hacia el metro. La gente estaba por todos lados, muchos continuaban arrojando suplicas.

Necesitaba hablar con Anja, saber que estaba bien, pero no conseguía hacer la llamada. En ese momento vi cómo una señora con varias décadas en la espalda se esforzaba por recoger la mercancía de su pequeño puesto de periódicos; no lo pensé dos veces y me dispuse a ayudarla. De cualquier forma, todo era un caos, no lograría avanzar mucho si me iba en ese momento.

Los dulces y cigarrillos estaban por todo el suelo, algunos eran irrecuperables, pero salvamos una cantidad significativa. Después limpiamos revistas y periódicos. Entonces vi que la señora



lloraba. Algo en mí me impulsó a abrazarla. Su nombre era Thelma.

Thelma lo había perdido todo en el temblor del 85. Su esposo y sus padres habían quedado sepultados. Nunca pudo recuperar los cuerpos. Era culpa de la pobreza. Seguramente los restos se encontraban en la fosa común de donde nunca volverían a salir...

Justo cuando Thelma terminó de contarme su historia, recibí una llamada; por fin había línea. Era Ana, amiga de Anja. El edificio donde estaba Anja se había derrumbado. Sentí una bola de cobre en la garganta y las lágrimas me escurrieron. La señora Thelma se dio cuenta y me abrazó mientras decía “Ay, hija, ay, hija”. De pronto dejé de escucharla, sólo un zumbido permaneció en mis oídos ¿Cuál era la probabilidad de que Anja siguiera viva? Me zafé de los brazos arrugados de aquella viejita y corrí, sentía un asco tremendo por la

vida, por Dios, por las súplicas imbéciles que continuaba escuchando en la calle.

Caminé y corrí por periodos ininterrumpidos para tratar de llegar con Anja. Un presentimiento trágico me oprimía las entrañas. Por las calles, la gente trataba de hacer llamadas, otros abrazaban y consolaban a desconocidos.

Durante el trayecto me di cuenta, edificios nuevos y edificios históricos se habían derrumbado por todos lados, encima de gente con familia, de niños, de ancianos, de “nadies” —nuevos inquilinos de la fosa común— y de “alguienes” cuyo epitafio tendría letras de oro.

El epitafio de Anja debía hacerse con letras de oro, de mi sangre, de los gajos que me quedaban de corazón, ¿por lo menos podría enterrarla completa?

Su edificio era un montón de escombros ¿Cuántas veces le había pedido que se mudara conmigo? Ella y su maldita costumbre de no viajar en metro, de vivir

en un departamento caro que era incapaz de mantenerla con vida.

Había un montón de gente reunida frente a los escombros. Algunos llevaban traje sastre, había mujeres con ropa deportiva, pero todos, como podían, intentaban remover escombros y yo me uní. Después llegaron las palas, cubetas, picos y demás herramientas que nos permitieron avanzar un poco más rápido. Entonces, encontré una de las mascadas de Anja: era la misma que llevaba el día que la conocí. Me aferré a ese pedazo de tela y me eché a llorar encima de los trozos de la casa que tantas veces compartimos, donde la vi desnudarse, donde la vi sonreír, deprimirse, llorar, amarme. Estaba encima de los restos del lugar donde nos habíamos amado. Traté de levantarme pero no podía. Otra vez el zumbido en los oídos, de pronto, dejé de percibir la realidad que insistía en abrazarme.

## No sólo se derrumbaron edificios, también se derrumbaron personas

Karl de Negri

### Karl de Negri

Estudiante de la UNAM de la Licenciatura en Estudios Latinoamericanos. Ha participado en varias revisas electrónicas, además de diversos blogs de escritura, entre ellos *Hombres en su tinta*. En 2017 publicó el ensayo “Silenciar y olvidar; La violencia feminicida que es silenciada y nos quieren hacer olvidar.” Se considera un fiel creyente en la organización social. karldenegri@hotmail.com

En todas las familias cuentan historias sobre eventos que marcan la historia nacional. Mi generación creció escuchando susurros y lamentos de lo que ocurrió en el terremoto del 85, año que parece haber sido sellado con un sólo significado: devastación.

La tragedia que siguió a la destrucción de la cotidianidad mexicana sólo pudo equipararse a la necesidad de tender lazos de ayuda entre quienes estaban en posibilidad de hacerlo y quienes la necesitaban. Ante tal momento sombrío, la sociedad entera hizo lo que pudo. Las y los jóvenes, rebeldes, de sobrada energía y de extraños atuendos, hicieron de sus cuerpos un tibio cobijo. El mundo lanzó sus manos al rescate.

Frente a la salida de las juventudes a las calles en búsqueda de ayudar y salvar, Emilio Viale se preguntaba:

*“¿Quién convocó a tanto muchacho, de dónde salió tanto voluntario, cómo fue que la sangre sobró en los hospitales, quién organizó las brigadas que dirigieron el tránsito de vehículos y de peatones por toda la zona afectada? No hubo ninguna convocatoria, no se hizo ningún llamado y todos acudieron”.*

El tiempo que es el mejor aliado y también el peor enemigo, hizo que los y las jóvenes que vivieron el terremoto del 85 maduraran; adquirieron casas, obligaciones y responsabilidades. El temor telúrico menguó.

Así es como nosotras y nosotros, sus hijos, crecimos con esa deuda histórica, con una memoria tan dócil que nos impidió recordar la catástrofe que vivieron nuestros conocidos hace ya 32 largos años. El temor se domesticó. Eso fue lo que creímos.

El martes 19 de septiembre del 2017 a las 11:05 am, hubo simulacro nacional, por lo menos fue lo que se intentó. Mucha gente salió a las calles para conmemorar la tragedia, para presupuestar que no podía pasar de nuevo, que no iban a escuchar los gritos, que no iban a reventarse los cristales. La gente participó.

Pero la tierra reclamó su memoria e hizo que la gente sin memoria recordara. A las 13:14 pm San Felipe Ayutla, Puebla, rugió con furia desde adentro. El terremoto hizo que la gente recordara. El pánico nació en medio de tumultos de gente abalanzándose a través de escaleras y calles, gente invadida de terror. Miedo porque veían cómo caían los



edificios, estructuras que se hincaban ante la fuerza maestra de la tierra, la incontrolable tierra. El miedo jamás se fue, había despertado con más odio que nunca.

Las escuelas bramaban porque se desplomaban sobre niñas y niños que serían sepultados por edificios mal contruidos. El polvo se apropió de las calles tan rápido como las redes telefónicas abandonaron a todas las personas necesitadas de comunicación.

El caos se adueñó de las ciudades y de los pueblos. Morelos, Puebla, Oaxaca y la Ciudad de México ardían de miedo. El silencio se hizo no porque la gente no gritara sino porque se sentía una tremenda soledad, un vacío. Seres humanos a la deriva, sin guía ni orientación. Los cuerpos lloraban adrenalina.

Todo mundo salió en búsqueda de familiares, las noticias inundaron el imaginario colectivo, las ciudades se estaban cayendo, el gobierno no aparecía, los edificios en ruinas, fugas de gas y de agua, lágrimas y gritos. Nada parecía alentador.

Fue la población de a pie la que se organizó para comenzar las labores de rescate; el miedo fue desplazado por el coraje y la valentía de personas dispuestas a arriesgar sus vidas para tender una mano, para arrancar las piedras asesinas, para buscar la vida, para exigir la vida, porque había sobrevivientes y alguien tenía que ayudarles. 13:20 y la gente ya se organizaba. Las vibraciones de 1985 hacían eco en las del 2017, los vidrios temblaban a la par que nuestros cuerpos. Cuerpos que vomitaban el miedo, se deshacían de él.

Fue la gente común la que se encargó de ayudar, de tender los puentes que devolverían la vida a cientos de personas atrapadas por la corrupción y la im-



punidad de un gobierno que tardó horas en aparecer, y cuando lo hizo, fue para proponer limpieza sin búsqueda, para levantar su propia culpa.

Ha sido el esfuerzo del pueblo organizado el que ha logrado recuperar a la gente con vida y, lamentablemente, también ha recuperado a la gente sin vida, pero ha permitido que no se olviden los nombres de las personas que sufrieron el embate de la naturaleza, y primordialmente el de la corrupción que el gobierno quiso ocultar. Esa corrupción que entorpeció las labores de rescate de los grupos de Topos quienes buscaban señales de vida en edificios derrumbados.

Ese gobierno que ha olvidado a comunidades morelenses, poblanas, oaxaqueñas y dentro de la Ciudad de México, comunidades no centralizadas, sumamente afectadas, ese gobierno que ha puesto ojos ciegos para extender la ayuda que necesita la población.

Ante eso está el esfuerzo de mucha gente que se encargó de acopiar productos básicos, que se lanzó a las brigadas y que combatió en contra de las instituciones gubernamentales que sólo aparecían para la foto, como los militares, quienes en contubernio con medios de comunicación jugaron con las emociones de la gente, se burlaron de nosotras y de nosotros, pero eso no importa, porque el terremoto resquebrajó nuestros miedos y mostró a la luz que la dignidad del pueblo sólo puede ser impulsada por el mismo pueblo.

Hubo quienes lo perdieron todo: casa, muebles, vidas; hubo quienes no perdieron mucho, pero que sí ganaron miedo y zozobra, además de culpa y tristeza por tener un techo intacto frente a quienes lo perdieron. El grueso de la población vivió esta experiencia; perder nada pero sí ganar intranquilidad. El miedo se hizo dueño del día a día. Los ruidos que suenan como alarma,

las pisadas que se sienten como terremoto, el saberse con privilegios frente a quienes no los tienen. Saber que en cualquier momento un terremoto puede arrebatarnos.

El caso de Eugenia es ese, una mujer que no perdió su casa, pero sí su vida cotidiana; pareciera que cuando una catástrofe natural no te quita nada material, obliga a las personas a repensar en qué es lo que tienen o qué es lo que les queda. Un atisbo de vergüenza que nace de ver a quien lo perdió todo y verse a uno mismo, que no perdió nada.

Cuernavaca, Morelos.

19 de diciembre del 2017.

Eugenia

Para entrar al departamento de Eugenia hay que subir las escaleras de tres pisos; lo hago porque necesito que me cuente una vez más cómo vivió el terremoto. Mientras voy subiendo las escaleras puedo notar algunas ventanas nuevas, las escaleras cuentan con notorias marcas transversales que han sido resanadas con yeso y sudor. Pareciera que alguien se abalanzó en contra de las paredes y las tasajeó. No tuvieron mucho cuidado en no dejar cicatrices.

En cuanto llego al departamento 304, en donde Eugenia vive, puedo escuchar el silencio de un pasillo vacío, parece que el edificio está desierto. Toco el timbre y me abre una mujer de lentes, con una sonrisa tierna y amable. Me saluda y me ofrece algo de beber, me incomoda el hecho de reconocer un departamento que conocía bien, y ahora me parece tan ajeno. Hay huecos en las paredes en donde antes había cuadros de pintores reconocidos; hacen falta platos antiguos; trato de apresurarme

para no perder el hilo de lo que empezó a contarme hace ya unos minutos.

Me acababa de servir una taza de café y llegó una visita. Esa visita, Lorenzo, traía un pollito para comer y bajó para comprar unas tortillas porque “le dije que yo no soy quien las compra. Ahora se me dificulta mucho bajar las escaleras, ya sabes, por lo de las piernas”, me dice mientras señala sus rodillas.

“Yo creo que Lorenzo apenas iba llegando a la calle cuando se sintió —yo sentí— el primer tirón. Al querer entrar a mi cocina tenía un pie dentro de la cocina y otro en el comedor; cuando sentí el primer tirón; mi primera impresión fue decir: ¡En la madre! Aunque no digo groserías me agarró tan de sorpresa que esa fue mi exclamación. Y lo único que hice fue voltearme hacia el comedor para que las cosas de la cocina que empezaron a caerse, porque empezó el brincadero, no me cayeran encima. Todas las puertas de lo muebles se abrieron, parecía una película de terror cómo empezaban a volar platos colgados, platos de un trastero, cuadros, todo”.

Esta misma historia me la ha contado ya cuatro veces. No cambian los detalles, y aún así, no logro imaginar que me la cuenta sin señalarme los muebles que abrieron sus puertas ante la brusquedad del movimiento telúrico. En el momento que ella me describe viene a mi mente el edificio de Concepción Béistegui que se desgajó, recuerdo a la gente impidiendo el paso, esa misma gente que parecía tan intransigente por su aspecto y su procedencia social, pero que ahora, al recordarlo, me conmueve. No imagino escuchar el crujir desgarrador de un edificio cayendo.

“La taza que estaba en la mesa del comedor salpicó la computadora que

estaba ahí, yo no me había fijado que estaba la computadora”.

Me señala el lugar en donde se encuentra ahora mismo una computadora, y con dificultad se acerca a sentarse, cojea de las dos piernas, y se le ve un cuerpo cansado. Se ha ido deteriorando rápidamente después de una caída en una coladera abierta en Mérida, Yucatán. Me entristece verle los ojos tan vivos y las piernas moribunadas.

“Yo no me podía mover, era tan fuerte el temblor que no me podía mover, además con un sonido terrible como de un tambo de lámina con agua al que le hubieran puesto piedras adentro, el sonido fue terrible, el crujido terrible; y me pareció, yo que he estado en otros temblores, que era larguísimo”.

Llantos y sirenas... nervioso noto que es un niño que le reclama algo a su mamá y una ambulancia atravesando el centro de la ciudad.

“Cuando estaba prácticamente terminando, todavía se bamboleaba el departamento, subió Lorenzo gritando que se iba a caer el edificio y yo le dije que tranquilo. Regresé a mi cuarto por mi teléfono y mi bolsa y salimos del edificio.

Al ir bajando yo me di cuenta de la magnitud del temblor porque se cayeron los vidrios de las ventanas; conforme yo iba bajando los pisos, me di cuenta por los vidrios rotos que tapizaban el piso. Las escaleras tenían aberturas, las paredes igual. Y ya que llegamos abajo, salimos y estuvimos en la calle, pero ya no nos dejaron estar en la parte baja del edificio ni en frente del palacio de gobierno, porque tenían fisuras y temían que se cayeran.

Nos fuimos a la explanada del zócalo, y ahí estuvimos. Yo aún no me percataba de cuán grande había sido la

magnitud del terremoto, porque como que no registré bien, yo no sentí ningún temor. He platicado que si alguien me hubiese preguntado en ese momento que si se iba a caer el edificio, yo hubiera jurado que sí se iba a caer [pero sí fueron muchos los edificios que cayeron, más de 11 mil son los afectados]. Porque fue terrible el movimiento, terrible. Fue muy fuerte, yo sentí que yo no tenía miedo porque llevo mucho tiempo ya preparada para la muerte.

Todas las personas que estaban en el edificio salieron, yo fui la penúltima en salir porque una vecina estaba arriba tendiendo su ropa y fue la última. Vi que todo mundo estaba sumamente alarmado pero todavía a mí no me caía el veinte que había sido tremebundo, a mí lo que me llamó mucho la atención fue el sonido, como si hubiera sido ese tambo con piedras adentro”.

Fue la última porque sus piernas ya no dan para caminar de prisa, ahora está atada a una andadera que le impide reaccionar velozmente. Vive en un edificio que no está acondicionado para que viva gente mayor, o con condiciones que les permitan evacuar con mayor facilidad en caso de una contingencia.

“Ya sentada en la explanada, con toda la gente que habían sacado de gobierno del estado, me di cuenta que había sido grande el terremoto porque empezó a llegar el ejército con sirenas y ya me percaté que el reloj del museo de Palacio de Cortés se había volteado, estaba caída la cúpula.

Llegó la pareja de uno de mis hijos, estaba toda llorosa porque no me encontraba. Después del temblor yo me regresé a la casa, nadie quería subir porque decían que se iba a caer el edificio, y yo dije: ¿Cómo de que no? Yo subo.

Subí a mi casa con el temor de que las cenizas de mi marido y de mi cuñado se hubieran caído del librero en donde estaban. Cuando entré a la casa noté todos los destrozos que había, todo lo que se había caído, todas las porcelanas de mi trastero, los platos de la cocina, todo: ollas, sartenes, repisas, muchas cosas saltaron y acabaron rotas. Todo en el departamento se cayó. Unos libros muy pesados que tengo salieron volando como si fueran papelititos, es difícil cuando uno quiere moverlos, pero así salieron”.

Yo recuerdo el momento en que mientras intentábamos llegar a las escaleras para evacuar, me bañó una nube de yeso que se desprendía del edificio de la Universidad. La UNAM no se cayó, el edificio donde vive Eugenia no se cayó,

pero hubo algo que pareció desmoronarse, algo en el interior nuestro.

“Curiosamente sólo en el estudio no se cayó nada, yo creo que por el peso de los libros que tenemos. De ahí en fuera, en todo el departamento hubo cuarteaduras. Del comedor hacia un cuarto hay una pared que se ve de un lado al otro. En mi recámara, hay una cuarteadura y ahora me da miedo que se vaya a caer la pared.

Yo no he caminado mucho por el temor, porque por donde iba al súper se ve que hay un edificio [entre la calle Degollado y avenida Morelos] que se ve abandonado y parece que se va a caer. Y ya una no tiene la agilidad de un joven para correr. Se te cae algo encima y ni cómo hacer para correr”.



Es tan intrigante la manera en la que se estructuran los recuerdos, tiene una habilidad para introducir ciertas notas pero no pierde el hilo, como si la historia se repitiera sin cesar.

“Quise hablar a la Ciudad de México para ver cómo estaban mis hijos pero no había señal, no salían llamadas. Le pedí a una secretaria que le pusiera un mensaje a mi hija de que estaba bien.

Fue hasta casa de Gaby que pude tener contacto real con mis hijos. Me fui con ella a su casa, porque ya no nos dejaron quedarnos en el edificio.

Yo tenía nervios por los que estaban en Ciudad de México, porque yo sé lo que son los temblores allá, yo estaba preocupada porque sé que la zona del aeropuerto, en donde estaban, es una zona donde se sienten tremebundo los temblores. Tenía preocupación por ellos, por que no sabía dónde estaban. No tenía miedo”.

El miedo es lo único que le quedó a mucha gente, el miedo y la necesidad de salir a ayudar, yo vi a mares de gente tomando la iniciativa de lanzarse a los lugares porque sus contactos les avisaban que se necesitaba ayuda, San Gregorio-Xochimilco, Multifamiliar Tlalpan, Chimalpopoca, pero como con todo contacto siempre hay lagunas, y a veces, cuando llegaba una brigada, ya no se requería ayuda. Tuvimos que aprender a organizarnos, nos obligó la necesidad y el miedo. El miedo nos hizo movernos, ese mismo miedo que tantas veces nos paraliza. Ver la destrucción te quiebra.

“Curiosamente hasta ocho días después empecé a estar nerviosa. ¿Sabes de qué tenía miedo? De bañarme, porque uno de los rincones del baño tiene una fisura y, sentía que se movía la tina. Yo pienso: si hay un temblor me voy

a ir para abajo porque el baño no está sobre otro departamento, yo tengo la sensación de que está como volando, por eso me daba miedo. Pero muchos días el miedo yo lo tuve.

Ya ni nos comimos el pollito. Lo que tiene que ser, será; de hecho cuando estaba pasando el temblor dije: ¡Ay, Dios, estás enojado, ya bájale!

Y ahora, pues yo tengo miedo de que se me caiga la pared de mi cuarto en la cabeza, porque el ingeniero empezó a arreglar de afuera hacia adentro. Es fecha [1 de diciembre del 2017] que no me han venido a reparar las paredes. Ya vino mi hijo que es ingeniero, y dice que no pasa nada, que la estructura está bien, que si algo llegara a pasar se caerían las paredes, pero el techo no. Valiente chiste, me aparrucha una pared, pero el techo se queda ahí.

Jamás vi a ninguno de protección civil, el ingeniero [administrador del edificio] dijo que sí vinieron, pero yo no vi a nadie, que disque los mandaron, ve tú a saber. Esos mentados son siempre tan raros, dicen que el Palacio de Gobierno también tuvo afectaciones fuertes. Pero como siempre, esconden todo, ha habido varios muertos allá adentro pero nunca dicen nada, y ahora con el terremoto me imagino que van a tener que mover a la gente que trabaja ahí.

Y ni para moverse de aquí, porque ya tantos años, nos conoce todo mundo. Luego el mundo de cosas que hay. ¿A dónde nos movemos?

Así como Eugenia, cientos, miles de familias fueron afectadas por el terremoto que evidenció la negligencia de los gobiernos, no su incapacidad, sino su indolencia. Quisieron levantar rápido todo. El rector de la UNAM hizo un llamado para que las y los estu-

diantes regresaran a clases, intentaron arrancarnos de las calles, de la gente que necesitaba manos para liberar escombros y las autoridades quisieron menguarnos.

Los militares, sentados en sus góndolas mirando a la gente en San Gregorio, Xochimilco, mientras nos organizábamos para ir removiendo escombros, entregando medicinas y ayudando en lo que pudiéramos. Son los mismos militares que aparecen en fotografías y en redes sociales como héroes. Pura farsa mediática. Han querido lucrar con el dolor de la gente que lo perdió todo. Hoy están entregando poco más de cien mil pesos para reconstruir las casas derrumbadas. No sirven ni para aventar un colado. Nos quisieron vender la idea de la mexicanidad de nuevo.

Yo no salí a ayudar por ser mexicano, hace mucho tiempo que dejé de serlo. Abandoné la idea de un país que es corrupto, vulnerable y egoísta. Yo salí a ayudar porque tenía que hacerlo, porque el momento me lo reclamaba, porque había humanas y humanos atrapados bajo escombros de casas mal construidas, de edificios con papeles falsos, de escuelas que necesitaban mis manos para levantar los escombros que sepultaban la vida.

Yo no soy mexicano, yo soy humano, y mi deber está con mi prójimo.

No hizo falta perder nuestro patrimonio completo para sentir la necesidad de ayudar. Tantas personas salieron a ofrecer comida, regalaron agua, café, abrigo. Ofrecieron la mano que crea comunidad. Porque si una persona está mal, lo vamos a estar todas y todos.

¿Y tú no tuviste miedo?

Sí, pero porque no me contestabas el teléfono, mamá.

# Emigrar, transitar y retornar en México y sus desafíos

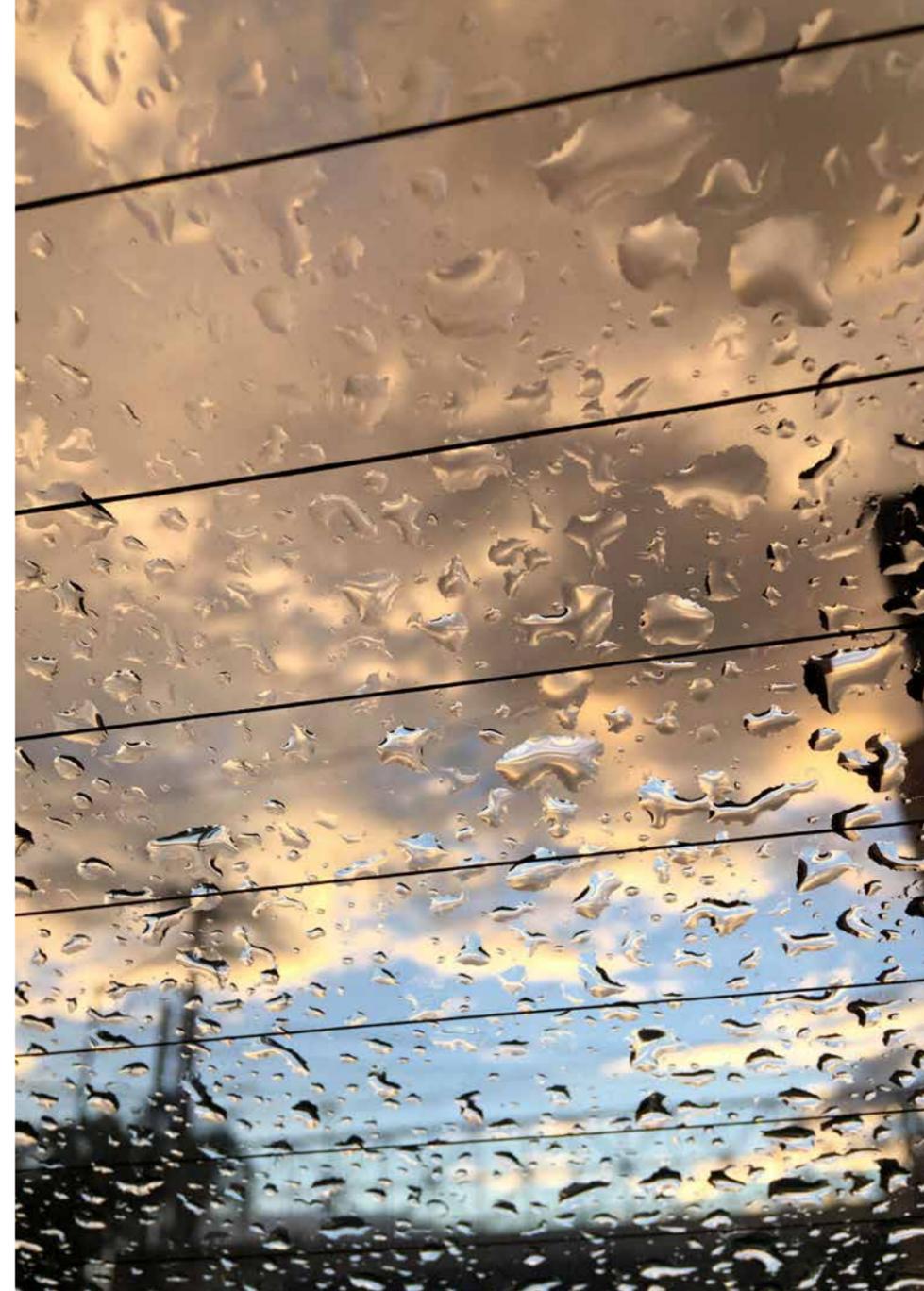
Blanca Chong López

En la introducción a *Emigración, tránsito y retorno en México* (Universidad Iberoamericana-Iteso, 2017) las coordinadoras de la obra ofrecen datos que muestran la importancia del fenómeno migratorio tanto a nivel global como en México: cerca de 232 millones de personas en el mundo residen fuera de su país (dato de 2013). El motivo: la búsqueda de nuevas y mejores oportunidades de vida. Una de las razones de este incremento es la demanda por trabajadores calificados y no calificados en varios países de destino internacional debido al envejecimiento de su población. Además, si la migración laboral crece, también lo hará la motivada por la reunificación familiar.

México es país de origen, tránsito, destino y retorno de numerosos grupos migrantes. En esta parte del trabajo se describe lo que ha sido este fenómeno en nuestra nación desde principios del siglo XX y cómo durante los años ochenta y noventa se convirtió en lugar de destino para numerosos centroamericanos que huían de la persecución y la violencia en sus países.

El libro es una iniciativa de la Coordinación Sistemática con Migrantes que forma parte del Sistema Universitario Jesuita; reúne diversos artículos de reconocidos académicos de las universidades jesuitas de México, producto de sus trabajos de investigación. Estos artículos han sido agrupados en cuatro grandes temas que muestran la complejidad de la problemática migratoria en el país.

En la primera parte se presenta el trabajo de la Compañía de Jesús en el tema migratorio, fenómeno que tiene carácter prioritario en sus programas de atención en el mundo. En esta parte, el artículo de Sofía de la Peña describe la actividad que se realiza para dar respuesta a los grandes retos que actualmente plantea el fenómeno migratorio; se da a través de un trabajo articulado en red en el que participan universidades y organizaciones de apoyo en distintos niveles, desde locales hasta globales e incluyen el trabajo directo con migrantes, el desarrollo de investigaciones y la incidencia política. La autora retoma de diversos documentos del Secretariado para la Justicia Social y la Ecología, y la Coordinación de la Red Jesuita con Migrantes de América Latina y el Caribe, las principales definiciones, prioridades y acciones.



Ante el escenario migratorio internacional, la Compañía de Jesús ha establecido un compromiso para la construcción de una cultura de la hospitalidad y la inclusión mediante la formación de una red mundial para las migraciones.

La segunda parte incluye dos artículos que tratan sobre los migrantes de tránsito por México y se refieren a dos grupos especialmente vulnerables. En el primero, Iliana Martínez describe,

a partir de un trabajo etnográfico, a la población migrante que se encuentra en situación de calle en los alrededores de las vías del tren en la zona metropolitana de Guadalajara; muestra que lo que comúnmente conocemos como “centroamericanos” que se dirigen hacia los Estados Unidos, en realidad son una población muy diversa, que incluye mexicanos en situación de calle, migrantes nacionales y retornados que transitan en sentido contrario.

La autora establece diversas categorías en relación con las razones para estar en las vías; una de ellas es el *imitador*, que define como las personas que por diversas razones se encuentran en las zonas cercanas a las vías del tren, principalmente solicitando ayuda en los cruceros como si fueran migrantes centroamericanos en tránsito por la ciudad. Algunas de esas personas son desempleados o viven una situación de pobreza y optan por utilizar la imagen de las personas en tránsito para recibir el apoyo de la ciudadanía.

Por su parte, Aída Silva analiza en su texto la normatividad migratoria relacionada con los niños y adolescentes migrantes, especialmente los que viajan sin compañía. Cuestiona el enfoque tutorial de las políticas de atención a este sector y la definición de los adolescentes como sujetos dependientes.

El texto inicia con un resumen del fenómeno de la migración de menores de edad no acompañados, tanto mexicanos como centroamericanos, en su desplazamiento por el país. Se hace referencia a la Ley de Migración de México, que reconoce a niños y adolescentes como un grupo de población vulnerable que requiere especial atención a lo largo de su proceso migratorio, sobre todo al encontrarse sin la compañía de sus padres o algún tutor adulto. Se considera que esa normatividad, al restringirse la figura legal del adolescente como “menor de edad”, deja de lado los posibles antecedentes de independencia y lleva al adolescente a una situación de custodia obligada. Se incluye el testimonio de Liliana, joven salvadoreña:

“En Mazatlán, Sinaloa, fuimos al DIF y pedimos ayuda (habla en plural porque viajaba con su hermano Simón). De ahí nos dijeron que nos iban a ayudar,

## Blanca Chong López

(Torreón, Coahuila). Socióloga por la Universidad Autónoma de Coahuila, maestra en Ciencias de la Comunicación por la Ibero Torreón, doctora en Ciencias de la Comunicación Social por la Universidad de La Habana. Ha sido profesora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Coahuila y profesora de asignatura en Ibero Torreón. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel I, de 2008 a 2018; miembro de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, AMIC; miembro del Comité Coordinador del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación, CONEICC en diversos periodos. Fue reconocida en 2014 con el Premio al Mérito Docente, otorgado por la Comunidad de Instituciones de Educación Superior de La Laguna, CIESLAG.

dijimos de dónde éramos, de allá de El Salvador; nos dijeron que nos iban a ayudar y nos hacían preguntas y preguntas (...) dijeron que ya nos llevaban a la central de autobús. Hasta nos abrazaban, bien hipócritas. Entonces de ahí nos llevaron a migración. Yo me resentí con ellas (...) Sinceramente yo lloré por lo que hicieron, me sentí bien mal. Llegamos ahí a migración; nos tuvieron dos meses”. (p.105)

En la tercera parte se incluyen los trabajos sobre migración de retorno, que abordan la reinserción laboral y las problemáticas sociales a las que se enfrentan quienes retornan al país después de una estancia de varios años en Estados Unidos. Esta población ha sido objeto de mayor interés en los años recientes, debido al incremento significativo que ha tenido a partir de la crisis económica en el vecino país y las políticas antinmigrantes allá adoptadas.

El trabajo de Liliana Meza describe diversas etapas de retorno en la historia de la migración mexicana a Estados Unidos y presenta conclusiones novedosas sobre la cantidad de retornados durante la presidencia de Obama.

En la primera parte del capítulo se presenta una breve reseña histórica de la migración de retorno y sus características a partir del siglo XX; enseguida se muestran datos de la migración de retorno en los flujos entre México y Estados Unidos y finalmente se presentan algunos resultados de entrevistas realizadas a un grupo de emigrantes retornados en la Ciudad de México.

Joana Foote describe en su artículo los problemas sociales y económicos que enfrentan los jóvenes que regresan a México después de permanecer durante su infancia o adolescencia en Estados Unidos, A partir de su investigación en

varias colonias de Guadalajara y comunidades rurales de Jalisco y Puebla, analiza cómo reciben a los migrantes retornados, en un proceso en el que la comunidad crea de manera ambivalente espacios de familiaridad y rechazo para quienes regresan y la manera en que los retornados forman nuevos espacios y comunidades como estrategia para su reinserción.

En relación al hecho de que por ser ciudadanos estadounidenses también en sus pueblos los ven como tales, se incluye lo expresado por una maestra entrevistada en Puebla, quien señaló: “Les digo que no se olviden del inglés, porque seguramente van a regresar a Estados Unidos”. (p. 172)

Miguel Ángel Corona y Marcela Alejandra Guerra, por su parte, analizan la movilidad social y ocupacional de migrantes de retorno en tres municipios del estado de Puebla. El trabajo reúne información sobre el nivel de vida y la ocupación de los migrantes antes de su viaje, durante su estancia en los Estados Unidos y a su regreso. Los autores señalan que una de las razones de la importancia de la migración de retorno es que el migrante trae consigo un cambio ideológico tan importante que repercute en las relaciones económicas, sociales y políticas que llega a generar en el lugar de origen. Algunos de los cuestionamientos de los que parten en su investigación son: ¿cuáles son las causas principales del retorno?, ¿cuáles son las características que comparten los migrantes de retorno?, ¿regresan porque las condiciones del país han mejorado o porque no tuvieron éxito en su experiencia migratoria o, tal vez, porque han logrado ahorrar cierta cantidad de dinero para permitir su movilidad social y, por ende, un mejor nivel de vida?

En la cuarta parte se analizan aspectos relacionados con la salud mental de los migrantes mexicanos radicados en Estados Unidos y la de sus familias que quedaron en México. El texto de Graciela Polanco presenta los resultados de una evaluación sobre la intervención que desarrolló el Servicio Jesuita a Migrantes para atenuar los efectos psicológicos y sociales de la migración masculina en comunidades del sur de Veracruz, a través del Programa Mujer y Familia Migrante. Se describen los efectos del programa en mujeres beneficiarias.

Angélica Ojeda presenta los resultados de un estudio empírico sobre las estrategias que desarrollan los migrantes mexicanos para adaptarse a la sociedad de destino. Con base en una muestra de 60 migrantes indocumentados de Los Ángeles, California, mide su grado de adaptación y muestra que el aprendizaje del idioma es clave en el proceso de aculturación.

Los trabajos mencionados fueron realizados entre 2013 y 2014; sin embargo, los análisis que presentan tienen especial vigencia por dos acontecimientos: primero, porque a partir de 2014 el gobierno mexicano estableció el Programa Frontera Sur con el objetivo de frenar el movimiento de personas migrantes en tránsito por México; y, segundo, por las políticas antinmigrantes del actual gobierno de los Estados Unidos.

Un valor de esta publicación es que al final de cada uno de los reportes de investigación se presentan recomendaciones que permiten una mejor orientación del esfuerzo que realiza la Compañía de Jesús para mejorar las condiciones de vida de los migrantes, pero que además deberían ser tomadas en cuenta por los responsables de elaborar políticas públicas de atención a esta realidad social.

Conversación con Federico Campbell

## "México es un país sin verdad"

Elena Trapanese

La traducción al italiano de *La memoria de Sciascia*, de Federico Campbell, realizada en enero de 2013 y publicada el año pasado por *Ipermedium libri*, contiene una entrevista en la que el autor aborda, entre otros temas, el debilitamiento del Estado frente al creciente poder de las organizaciones criminales, las coincidencias y los contrastes entre Italia y México, así como la amistad que le unió al novelista siciliano Leonardo Sciascia. Con autorización de Antonio Cavicchia Scalomonti, director de la editorial, y Elena Trapanese, autora de la entrevista y traductora del volumen, reproducimos aquí una versión condensada de dicha conversación inédita en español.

¿Cómo conoció usted la obra del autor siciliano? Es decir, ¿cuál es su “primer recuerdo” de la obra de Sciascia?

Me enteré de la existencia de Leonardo Sciascia cuando un amigo mío, Tomás Pérez Turrent, crítico de cine, volvió del festival de Cannes y me dijo que la mejor película había sido una de Francesco Rosi: *Cadáveres Ilustres*, y que se inspiraba en la novela de un cierto Leonardo Sciascia, siciliano por más señas. Me interesó mucho porque yo había sido muy feliz en Sicilia cuando tenía veinte años. Más o menos me entendía en italiano, lo había traducido (artículos de Moravia, de Pasolini, textos políticos de la revista *Renascita*), y lo había hablado en Calabria porque en el verano de 1962 pasé tres semanas en Crocifisso, un pueblo muy pequeño, tierra adentro, no muy lejos de Bianco en la costa del Adriático.

No me supo decir Tomás cuál novela de Sciascia estaba detrás de la película de Rosi y me fui entonces a la única y muy buena librería italiana que había aquí en México. Compré varias novelas en italiano con el propósito de adivinar cuál de ellas coincidía con la historia de *Cadáveres Ilustres*. Me dio mucho gusto. Después de leer *El día de la lechuza* y *A cada cual lo suyo* me di cuenta de que la anécdota está en *El contexto*: Varios jueces son asesinados en serie, pero en el fondo se prepara un golpe de Estado.

A partir de entonces escribí notas críticas sobre los otros libros de Sciascia y al cabo de pocos años tenía unas cien páginas publicadas y en-

### Elena Trapanese

(Roma, 1985). Máster en Pensamiento Español e Iberoamericano y Doctora Internacional por la Universidad Autónoma de Madrid, con una tesis sobre el exilio romano de María Zambrano. Ha realizado estancias de investigación en la Fundación María Zambrano (Vélez-Málaga), en la Università degli Studi di Napoli Federico II y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es “Cultrice della materia” de Sociologia della conoscenza y Comunicazione dei processi culturali en la Università degli Studi di Napoli “Federico II”. Entre sus temas de investigación se encuentran las relaciones entre filosofía, literatura y ciencias sociales, con especial atención por el mundo iberoamericano, por el exilio español de 1939 y por autores como María Zambrano, Rosa Chacel, Ramón Gaya, Enrique de Rivas, Elena Croce, Elémire Zolla e Italo Calvino.

tonces me dije: ¿Y por qué no me voy a Sicilia a conocer a Sciascia y a hacer un libro sobre él y su obra? Iba a ser mi primer viaje con un rumbo y un objetivo precisos (antes había ido de paseo).

Esto es lo circunstancial y anecdótico. En el fondo lo importante es que desde un principio Sciascia me pareció un autor mexicano que escribía sobre México sin haber estado nunca en México.

*En su libro leemos la historia de su encuentro personal con Leonardo Sciascia. ¿Qué le llevó a sentir la necesidad de encontrarlo? ¿Su viaje a Italia representaba un viaje similar al que hacen los personajes de su novela Transpeninsular, en busca del escritor perdido? ¿Cambió algo su visión sobre el autor siciliano?*

Mi teoría acerca del “escritor perdido” es *a posteriori*. Se me ocurrió después de haber viajado a Sicilia en 1985 y después de haber publicado *La memoria de Sciascia* en 1989 y *Transpeninsular* en 2000. Son deducciones o interpretaciones que uno como autor suele sacar de su propia obra con el paso del tiempo.

Mi primera impresión del escritor siciliano fue muy grata. Lo vi por primera vez en una galería de Palermo, en via Della Libertà, a la que solía ir todas las tardes para conversar con sus amigos. Muy atento me preguntó si no me hacía falta nada: *Posso essere utile?* Le dije que no, yo ya estaba hospedado en un hotel. Nunca había pensado yo antes que un escritor de tan filosa pluma, tan diestro en la polémica, tan incisivo, fuera este señor de apariencia tan tranquila y un tanto tímida. Contrastaba con la imagen que yo tenía de él, alguien más imponente. Me di cuenta de que tenía-



mos la misma estatura. Era de mi tamaño. Accedió a que nos viéramos al día siguiente en su casa para la entrevista y luego me invitó a pasar una semana en Siracusa, con su esposa María, y allí fuimos. Comíamos casi todos los días en el ristorante *Archimide*, siempre con muchos amigos: Gaetano Tranchino y Assunta, Gesualdo Bufalino, y muchos otros.

No es que cambiara mi visión sobre el autor siciliano al conocerle, sino que me sucedió lo que siempre pasa cuando uno concreta algo, cuando se materializa una idea o una imagen o una fotografía: el personaje cobró vida y a partir de entonces supe que era un ser muy educado y muy tierno.

*Sciascia era, como usted muestra, un buen conocedor y admirador de la literatura en lengua española. ¿La cultura en lengua española es una buena conocedora de la obra de Sciascia? ¿Este autor es conocido en América Latina y, sobre todo, en México? ¿Podemos hablar de una “recepción” de Sciascia en México?*

Sabíamos, claro, del interés de Sciascia por la literatura española, por la poesía de García Lorca y de Pedro Salinas, por Cervantes y de Calderón de la Barca, por Américo Castro, y muy

especialmente, por Jorge Luis Borges, a quien citaba con gran admiración. Se sabía también de su pasión por todo lo que tuvo que ver con la Guerra Civil Española, incluso como temática de algunos de sus cuentos, “El antimonio”, por ejemplo, en el que la relaciona con el fascismo y habla de los campesinos sicilianos pobres que tuvieron que ir a morir en España.

Se le conocía poco en México, por algunas ediciones españolas aisladas y alguna cubana. Pero realmente el conocimiento paulatino de todas sus novelas empieza en la década de los 90 con las ediciones de Tusquets, unos años después de publicado mi libro en 1989, y con diversos y numerosos artículos y entrevistas en los suplementos literarios mexicanos, españoles, argentinos. En este sentido son de destacar los trabajos de Manuel Vázquez Montalbán, en Barcelona y Antonio Saborit aquí en México, y las traducciones de María Teresa Meneses de textos cortos y entrevistas con Sciascia.

O sea, tomó unos buenos veinte años pero finalmente creo que en este momento la recepción de la obra del siciliano en nuestra latitudes no podía ser mejor: prácticamente todos sus libros están en las librerías y en las bibliotecas de América Latina y su influencia



ha sido notable en muchos de los novelistas más jóvenes porque logró enseñar un método expositivo narrativo policiaco que lleva implícita una amarga y sardónica reflexión sobre el poder. Las novelas “policiacas” de Sciascia son en el fondo una meditación crítica sobre la justicia.

*La obra de usted ha tenido éxito a los dos lados del océano, pues tiene el mérito, como ha subrayado Claude Ambroise, no sólo de “presentar claramente la obra de Sciascia”, sino también de poner en evidencia su lado hispánico. ¿Piensa usted que su libro pudo haber cambiado la idea que en México se tiene de Italia, y en particular de Sicilia?*

A la larga las ideas prenden. Creo que yo en México, por ejemplo, empecé a usar la expresión “crimen de Estado” en mi trabajo periodístico. Pasaron varios años hasta que ese concepto cuajara y ya lo tienen en su vocabulario muchos periodistas y ensayistas mexi-

canos. Por eso digo que, a la larga más que a la corta, las ideas prenden y si se apagan de pronto retoñan y se incorporan al lenguaje de quienes leen libros y periódicos. Pues bien, esa idea es de Sciascia. Quiere señalar esa paradoja: la imposibilidad jurídica de que el Estado se juzgue a sí mismo, aunque cometa el delito.

Otra idea de Sciascia es la que versa sobre la desaparición del Estado en los tiempos modernos. La historia le ha ido dando la razón. Veinte años después de su muerte el Estado nación ya no es el mismo. Se gobierna en función de intereses particulares y de grupo. El interés general se ha perdido de vista. En la era de la criminalidad —que en mi caso no es sino la metabolización de la idea de Sciascia sobre la sicilianización del mundo— el Estado nación tal y como lo habíamos concebido no puede ya competir con otros poderes: el poder de la criminalidad trasnacional que impera en todo el planeta y que escapa a las jurisdicciones

penales de los Estados. Se habla ahora del “Estado fallido” copiando una fórmula norteamericana y de un “Estado paralelo”. En México hay zonas de la República en las que el Estado ya no está: sus funciones corren a cargo del crimen organizado, como la recaudación de impuestos en forma de extorsión, idéntica al pizzo siciliano. Y es que el crimen organizado o desorganizado en México ha asimilado costumbres, hábitos, estilos criminales, de la mafia siciliana. Muy siciliana parece la extorsión, el secuestro, la venganza. De todas esas cosas nos ha estado hablando Sciascia desde sus libros, que son una tumba sin sosiego. Muerto, el escritor nos sigue hablando desde su pensamiento literario impreso.

*En La memoria de Sciascia usted muestra tener fe en la escritura, que le permite “golpear” con su pluma la realidad mexicana. Después de muchos años, ¿usted sigue teniendo fe en la escritura?*

Yo no comparto el optimismo de Sciascia, especialmente en mi país donde los índices de lecturas son muy bajos y el tiraje de los libros muy modesto. Pero siento esto por una idea también de Sciascia: el que en nuestro tiempo ya no cuentan mucho las ideas. No se cree que una idea pueda cambiar las cosas. Por eso también en México se da una especie de homologación ideológica en todos los partidos políticos: las ideas no tienen mucha importancia ni siquiera en las campañas electorales.

Ciertamente sigo teniendo fe en la palabra escrita aunque cada vez sea menor el número de lectores, incluso de periódicos. A veces, acaso puerilmente, imagino que tiene algún sentido oponerse a los procesos de manipulación mediática, al menos de manera inmediata en el periodismo crítico. Qué tan amplio es el espectro de conciencia social en la población, no lo sé. Cuando yo era más joven tendía a creer que a la larga las ideas caminan. Ahora no estoy tan seguro.

En México prácticamente toda la vida política es una simulación. Todavía, en pleno siglo XXI, no podemos tener elecciones verdaderamente libres, equitativas y creíbles. Somos una gran mentira de país. México, un país sin verdad.

*Si el escritor es, como decía Gilles Deleuze, una máquina de escribir, un productor de fantasías, ¿qué fantasías está ahora produciendo la máquina de escribir de Federico Campbell?*

He terminado un texto autobiográfico literario en el que hablo de mis libros y se titula *La máquina de escribir*. También he concluido otro de ensayos que lleva por título *La era de la criminalidad*.



Por otra parte, he empezado tres novelas a lo largo de los últimos cinco años, pero no me gusta llamarle “trilogía” al conjunto. La primera es sobre el escritor: *Zurcido invisible*. Es la historia de un escritor de cierto éxito que, luego de dos libros muy bien valorizados por la crítica, no puede seguir escribiendo. Luego de mucho pensarlo, durante meses y años, reconoce que a él lo que realmente le ha interesado en esta vida es la sastrería. La segunda es sobre el escultor: *El canario y la mina*. Un escultor va a Santa Rosalía (en Baja California) porque le han encargado la erección de una escultura en memoria de los mineros muertos en un mineral agotado. Y la tercera novela es la del actor: *La criatura y el personaje*, que lleva un epígrafe de Luigi Pirandello. Empieza con un largo monólogo del

autor actor narrador en el que cuenta su experiencia de desdoblamiento, lo que ha significado para él haberse dedicado al teatro.

No pocos de mis intereses temáticos tienen siempre algo que ver con Leonardo Sciascia. Mi libro sobre el Estado en la era de la criminalidad deriva del pensamiento de Sciascia y su metáfora de la sicilianización global. Mi novela sobre el actor también en buena parte se inspira en los escritos de Sciascia sobre el teatro de Pirandello. Y otra novela mía, aún en proceso de elaboración, versa sobre un profesor que va a Sonora a dar una conferencia sobre la mafia siciliana, y lleva por título *Con algunas cosas no se juega*, frase que viene de un anónimo siciliano del que hablaba Sciascia: “Con certe cose nos si scherza.”

## Con un arma en la nuca

Jaime Muñoz Vargas

Nuestro oficinista sobrevive a los tumbos en una urbe sombría e inhumana, demasiado inhumana. Se trata de un tipo mediocre, tan apocado que casi es invisible. La rutina lo cerca y los días van minándolo hasta límites inconcebibles. No es dueño de su vida, y todo alrededor se confabula para hacerlo papilla, para machacarlo en el mortero de la desdicha. El oficinista no tiene nombre, así que basta llamarlo así: el oficinista, quien parece ser el resultado individual de un proceso —¿económico, político, social, moral, todo eso junto?— que ha pulverizado la vida de inmensas colectividades. El oficinista, pues, es uno y millones, una sinécdoque de la devastación mundial.

Guillermo Saccomanno (Mataderos, Buenos Aires, 1948) ha formulado en *El oficinista* (Premio Biblioteca Breve 2010, Seix Barral, Buenos Aires, 2010, 201 pp.) una distopía ubicada en un futuro que de tan reconocible casi no pertenece al futuro, sino al presente, un huevo de serpiente. Saccomanno nos recuerda en esta novela lo que de alguna manera ya estamos resintiendo: que la civilización es una carnicería, que el progreso pasó a convertirse en un animal que nos engulle y nos defeca sin conmiseración.

El oficinista que protagoniza esta historia habita, como sus congéneres, en colmenas impersonales. Sus horas mecanizadas transcurren esencialmente en tres espacios, todos extensiones de la cárcel: la oficina, la calle y el hogar. Ninguno de ellos supone, obvio, bienestar, sino lo contrario: los tres son infiernos cuyos vasos comunicantes infectan de infelicidad a quien los toca. El oficinista pasa sus horas tras un escritorio en el que desahoga trámites miserables. Son tan insignificantes que ni siquiera sabemos cuáles son. Lo que sí sabemos es que todo el tiempo, síntoma de la era ruin que padecemos, vive colgado de la zozobra que significa perder su trabajo, de suerte que conservar el empleo es la medida de todas las abyecciones. El oficinista es por ello un paranoico que en todo ve signos de peligro, amenazas a la seguridad de conservar su puesto en la maquinaria.

Sin embargo, pese a lo terrible que resulta vivir sentado frente al escritorio, la libertad de la calle y el sosiego del hogar no son mejores opciones. Apenas se libra del trabajo y de las horas extras asumidas casi con placer,

### Jaime Muñoz Vargas

(Gómez Palacio, Durango, 1964) Es escritor, maestro, periodista y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarguengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es maestro y coordinador editorial de la Ibero Torreón. rutanortelaguna@yahoo.com.mx

para evitar lo que sigue, el oficinista emerge hacia la calle y lo que encuentra allí es abominable: como en una fantasmagoría preapocalíptica, la ciudad se ha vuelto ámbito de depredación, de inseguridad y desprecio por la vida humana. Es, no sabemos por qué pero lo intuimos, sobrevolada por helicópteros artillados que luchan contra una “guerrilla” sin rostro e igualmente letal. Aquí y allá, por todos lados, los helicópteros, las patrullas, los autos blindados de la autoridad, vigilan, rastrillan todos los recovecos y persiguen a los rebeldes, y los rebeldes a su vez colocan explosivos sin mirar a quién ni a cuántos destrozan, de manera que el clima callejero es el de un cataclismo entre trenes subterráneos, cines, pizzerías y demás vidrieras sebosas. Nadie está pues seguro en esa selva, y si pensamos que en el hogar habrá un descanso para el protagonista,

nos equivocamos: el hogar es un reflejo congruente de la barbarie padecida en la oficina y en la calle. Puede incluso ser un sitio peor de repugnante: el oficinista padece allí el hostigamiento atroz de su mujer, una sapo, y la sensación de que sus hijos son insalvables: ellos están condenados, no tienen escapatoria, su futuro es ineludiblemente siniestro, tal vez peor que el presente ya encarado/encarnado por su padre, el protagonista de esta agonía.

En tal atmósfera vidriosa ocurre un milagro de escala minúscula como todos los milagros que pueden ocurrirle a un ser de similar tamaño: nuestro oficinista se enamora. Fortuita, impensadamente es flechado por una compañera de trabajo, la secretaria-amante del jefe, y ese hecho entre accidental y prodigioso estremece la vida del oficinista. Entre dudas y pavores avanza hacia la corazonada de que

el amor es su último tren, una posible redención luego de la vida de escoria que ha tenido. La secretaria, quien también carece de nombre, como todos los personajes de esta novela, lamentablemente está poco o nada de acuerdo en acceder a la pasión del personaje gris que la merodea. Si bien ella lo acepta en un primer encuentro, no está dispuesta a ceder más allá de aquella migaja: ella supone tener un camino más seguro con el jefe, de suerte que vincularse con el oficinista es un disparate que no podrá permitirse.

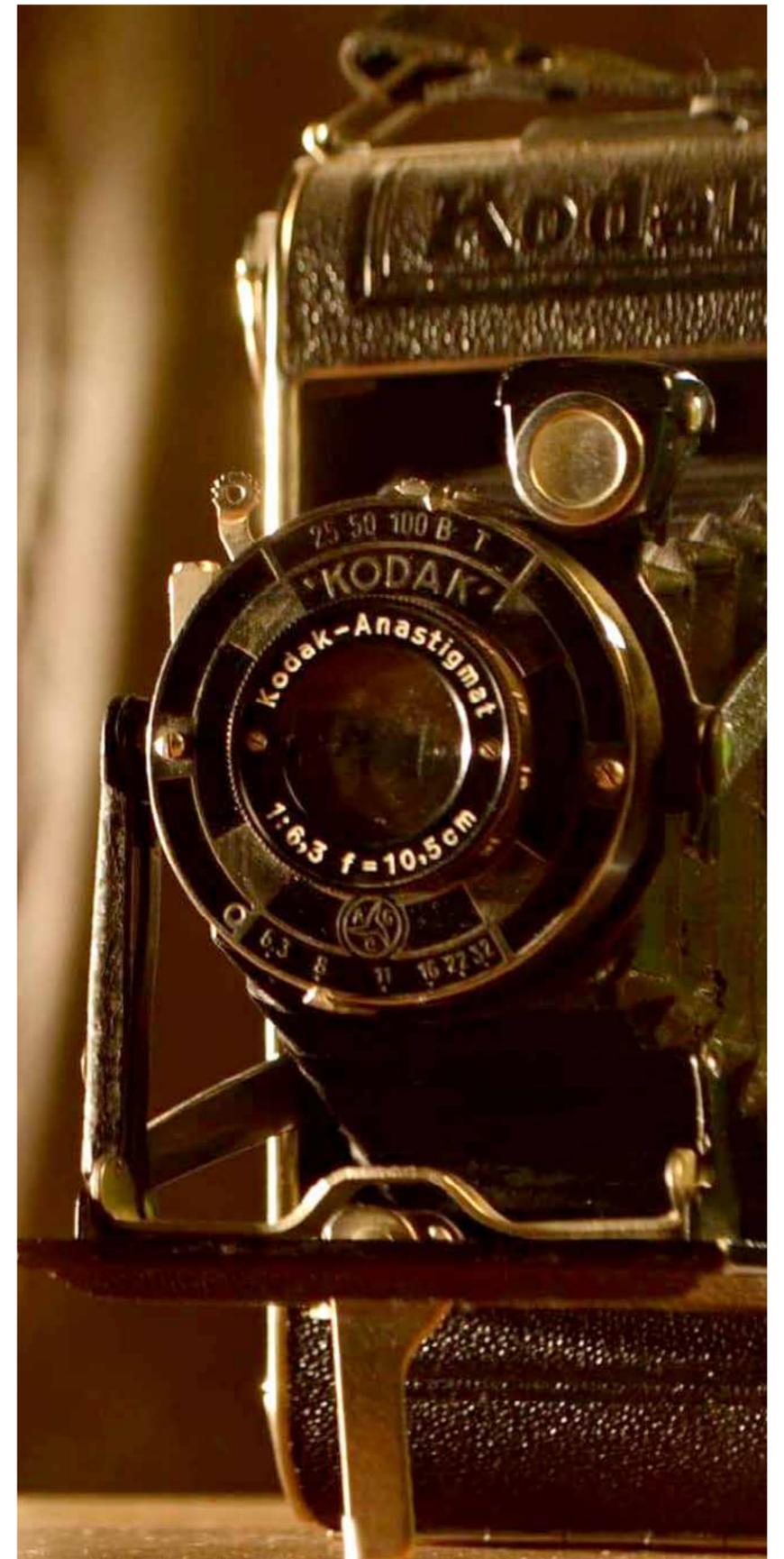
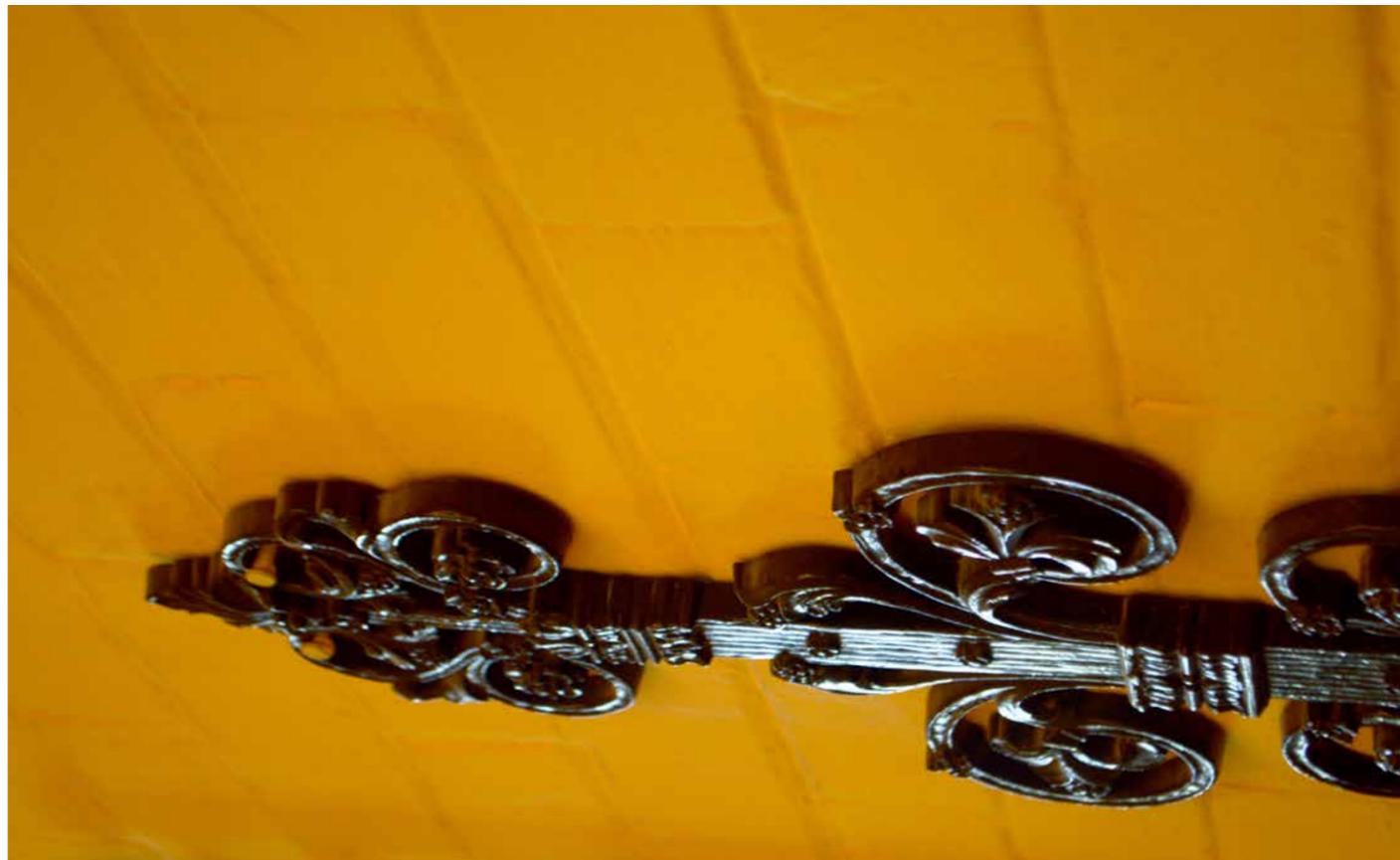
El microcosmos de *El oficinista* es asfixiante. El frío, la condición plomiza del ambiente, los barrios despojados de toda civilidad y los infinitos perros callejeros que se convierten en símbolo del salvajismo prohijado por la urbe, son el caldo de cultivo ideal para crear zombies a la manera apaleada del protagonista y quienes lo rodean.

Una clave de la novela radica en su cruel epígrafe: “Una experiencia que, por su exceso de soledad, sólo puede llamarse rusa”. En efecto, tales palabras de Kafka rajan como machetazo todas las vísceras del texto. En sus 55 breves trancos se siente que el interior de los individuos que pueblan estas páginas ha sido carcomido por el gusano de la soledad hasta convertirlo en un tormento sin pausa. Por ello, “El infierno es el subsuelo de uno mismo”, piensa el oficinista en alguna parte de su calvario.

Con el mismo recurso sentencioso el oficinista cree haber encontrado en el amor una rendija para escapar de su destino: “En la vida todos tenemos una oportunidad. Si la dejamos pasar estamos fritos”, piensa. El oficinista es un sujeto que se desdobra como buen microbio plagado de incertidumbre: por un flanco es el timorato de siempre, el bicho ínfimo que se conformó con la derrota de aherrrojarse a un escritorio; por otro, un ser —su *alter ego*— que lo aguija a la inconformidad, a no dejarse vencer, a no ser más el pusilánime viscoso de siempre: “Piensa que desde que tiene memoria se encuentra con el cañón de un arma en la nuca”.

Precisamente, como en las historias de Kafka, en *El oficinista* importan menos las peripecias que la metáfora global: la vida, nuestra vida de estos tiempos humillados ante el altar neoliberal, avanza con un arma en la nuca. Todos somos o casi somos ese oficinista que trastabilla en busca de una salvación, la que sea, y sólo obtiene por respuesta el balazo de la realidad que le confirmará su lugar en el mundo: la basura.

*El oficinista*, Guillermo Saccomanno Premio Biblioteca Breve 2010, Seix Barral, Buenos Aires, 2010, 201 pp.



# Peligrosa luz

Antonio Toledo Martínez

—Yo no la maté—exclamó el Tuerto desde el rincón en penumbras y se levantó para encender la veladora que se hallaba sobre la mesa.

La escasa luz que entraba por la ventana sin vidrio rasgaba la parte no iluminada del viejo y sucio cuarto.

—Te juro que yo no la maté. Además, a ti te consta, Jaime. Te consta que yo estaba aquí cuando tú llegaste antes de que pasara...

Recargado sobre la puerta de entrada, Jaime estaba con los brazos cruzados. Distinguió con más claridad la silueta del hombre. Parecía escuchar con el oído nublado, ofreciendo al único ojo del Tuerto una mirada desierta.

—Yo sé, Tuerto. Pero ¿qué podemos hacer si todos dicen que fuiste tú el que la mató?—dijo Jaime y se movió hacia el otro extremo del cuarto. Echó una mirada a través de la ventana.

Afuera, detrás de la casa, comenzaron a cantar los grillos. El olor a leña quemada les llegaba en retazos, humedecida por la temprana llovizna de ese día. El Tuerto guardó silencio unos segundos y se concentró en la botella.

—¿De verdad me andan buscando como dices?

La cortina oscilante se abría suavemente con la corriente de viento y Jaime pudo distinguir las luces cayendo a su paso sobre las sombras que la noche permitía. Acababa de llegar con el aviso para el Tuerto hacía media hora. La muerte de su propia esposa parecía no interesarle. Por el contrario, había ido a buscar al Tuerto para avisarle que él era el principal sospechoso de su muerte.

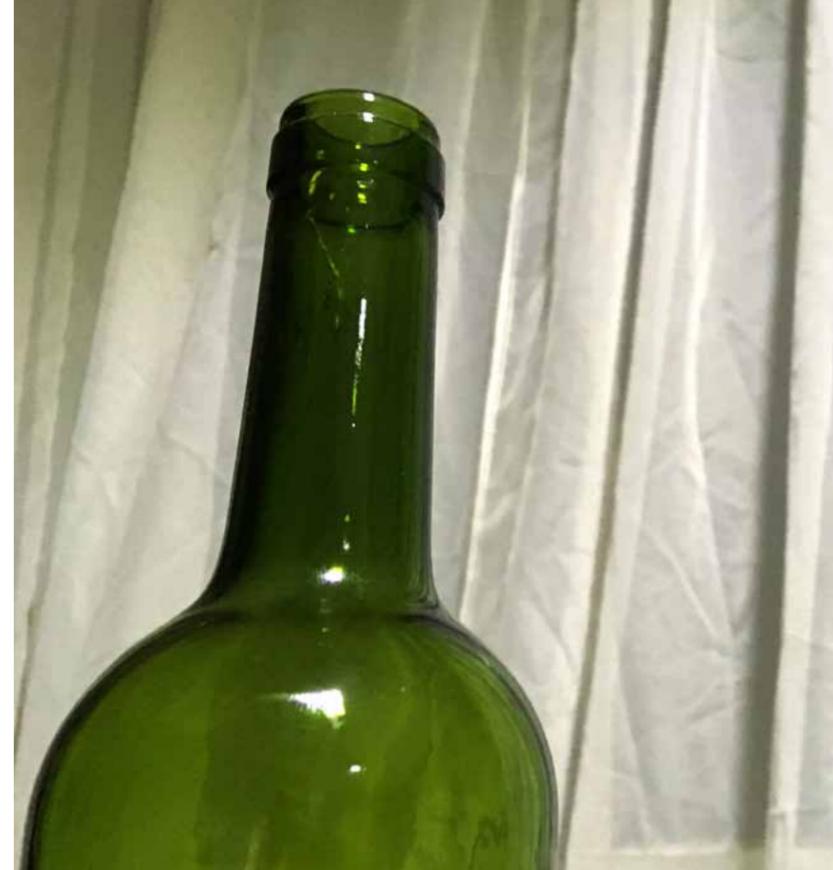
—Unos niños dicen que saliste corriendo de la casa antes de que la encontraran—dijo sin ganas.

El Tuerto rebatió las palabras de Jaime con melancolía. Alargó los brazos hasta tocar la mesa con los puños, y suspiró. Miró su botella de tequila y se sentó de nuevo sobre la única silla de la casa.

—Me quedan como seis o siete tragos... Tal vez ocho—dijo al cabo de unos segundos.

Sin cambiar de posición y con la mirada puesta todavía sobre la botella, el Tuerto bebió un gran trago. Luego se limpió los labios con la manga de su camisa y le dirigió la mirada a Jaime, quien seguía viendo hacia afuera.

—Y cómo no iba a salir corriendo—continuó—si te digo que cuando



llegué ya estaba muerta, llena de sangre y sin ropa.

El Tuerto sintió cómo el ardor del trago le quemaba la garganta al hablar.

—Ya no deben tardar—dijo Jaime.

Horas antes él mismo cubrió el cuerpo desnudo y ensangrentado de su esposa. En el breve interrogatorio de la policía dijo que no había visto nada, que apenas llegaba a casa.

—La hubieras visto, si hasta tú hubieras salido corriendo del susto.

Jaime ignoró el comentario y miró hacia afuera de nuevo. Con esfuerzo, el Tuerto se paró y contra la mesa azotó la botella derramando un poco de tequila. Ambos sintieron el viento helado que sacudió la llama de la veladora.

—Ayúdame, Jaime—suplicó y dio otro trago de tequila—tú sabes que yo no la maté. No me voy a esconder porque yo no hice nada, pero debes ayudarme a convencerlos de que yo no fui. ¿Cómo crees que yo iba a matar a alguien de esa manera?

—Pero ya todos dicen que te vieron casi matándola—respondió Jaime y clavó la mirada otra vez en el ojo del Tuerto.

—Yo nomás fui por una veladora porque no tenía luz y quería aluzarme. ¡Mira lo que son las cosas! Cuando la vi ahí tirada, lo único que pude hacer antes de salir corriendo por el susto, fue echarme la veladora a la bolsa. Uno no piensa muy bien las cosas cuando se le atraviesan los muertos. Ella me quería. Me trataba bien. ¿Me crees? ¿Me crees que yo no la maté?

Jaime, sin responder, se acercó a la mesa, encendió un cigarro con la llama de la veladora y el Tuerto lo sacudió del brazo con suavidad.

—Responde—insistió—. ¿Me crees capaz de algo así?

Jaime logró zafarse con suavidad de la mano que lo apretaba.

—De nada sirve que yo te crea o no te crea. Además, no sería la primera vez que matas a alguien—exclamó luego de tragar una bocanada de humo.

Jaime tenía una expresión de rechazo que se tornaba a instantes entre melancólica y despreciable. Habría de distraerse con reminiscentes piezas de su infancia que lo motivaban a la expresión cambiante de su rostro.

—Pero no así. No de esta forma. Si lo hice antes fue por defenderme y a ti te consta.

La luna estaba ya muy alta cuando el Tuerto comenzó a sentirse débil. La botella se hallaba casi vacía.

Jaime fue de nuevo hasta la puerta.

—¿Hace cuánto ya de eso? ¿Diez, once, quince años? Cualquiera podría decir que tú la mataste. Si aquella vez te dejaron libre fue porque nadie te vio hacerlo... Solo yo. Pero ahora es diferente. Los niños te vieron salir corriendo de la casa.

—Tu madre quiso matarme esa noche—el Tuerto señaló el parpado izquierdo cicatrizado—. Tú te acuerdas... Yo nomás me defendí... Ella me atacó con el cuchillo.

Jaime, luego de unos segundos de silencio, se sacudió la quietud de su dolor a causa de la memoria interrumpida. Habló de pronto, ya con el tono de voz decidido para interrumpir al Tuerto.

—¿Por qué mataste a mi esposa?

El Tuerto estaba consternado. Confundido por la borrachera y las palabras de Jaime, intentaba aclararse la consciencia.

Jaime lo vio levantarse e ir hasta él. Advirtió la plegaria escurridiza que atravesaba por todo el rostro del Tuerto, y habló de nuevo. Su tono era confiado.

—¿Sabías que estaba embarazada?

—Lo que pasó hoy en la mañana...

Yo nomás iba por algo pa' alumbrarme. Me acuerdo de que había mucha sangre cuando llegué—el Tuerto señaló su sien con el índice derecho—, aquí tengo bien grabado todo.

**Antonio Toledo Martínez**  
(Ciudad Acuña, Coahuila, 1991). Realizó estudios de dirección cinematográfica en el centro de estudios cinematográficos en la Ciudad de México, trabajó en comerciales y cortometrajes estudiantiles y profesionales. También realizó estudios de dramaturgia, historia del arte y crítica cinematográfica en diversos diplomados en Cinefilia.  
18toledodelator@gmail.com

## Dos poemas

Raúl Blackaller Velázquez

### PAISAJE

**P**odría destruir esa pared hasta el paisaje de rocas.  
¿Por qué no habré formulado las respuestas adecuadas?  
en verdad, las preguntas fueron estúpidas criaturas salvajes de seis patas  
[y un aguijón venenoso.

Amenazantes.

Una onda hertziana solidificada en el aire.

Y lo que vi,

y lo que besé en tus ojos fue una lagaña de miseria.

Cayó en música salada recorriendo la mejilla a mi lengua dormida.

Y lo que vi,

fue el corazón aletargado.

¿Lo escuchas a través de las paredes?

¿Escuchas el paisaje de las rocas?

### FARO

Calla, es noche de luna llena

habrá que brindarle respeto el plenilunio,

habrá que caminarlo y pensar:

¿tengo permiso para morir?

No escucho una respuesta,

no existe respuesta.

El infierno ahoga y suprime los sentidos.

Una nube se interpone entre la luna y yo.

Muere en letra la larga letanía.

Lo único que logré fue desalmarme con tanta ausencia.

Te debo una ciudad desconocida.

¿Has podido callar esta noche de luna llena?

Desangrarla hasta que surjan los recuerdos.

Hablo del pasado.

O le sigues aullando a ese maldito faro brillante

implantado en el vacío.

**Raúl Blackaller Velázquez** (Torreón, Coahuila, 1977). Es licenciado en Derecho por la Universidad Autónoma de Coahuila y posee maestría en Educación por la Ibero Torreón de donde además es profesor de asignatura. Ha publicado ensayo, cuento, minificciones y poesía en distintas revistas regionales. Escribió durante siete años la columna "México" hoy en la revista *Players of Life* y actualmente en su versión en línea. Twitter: @raulblackaller.

—Y cómo no lo ibas a tener grabado si estuviste ahí —aseguró Jaime.

El Tuerto le había dado la espalda dispuesto a sentarse otra vez debido al mareo que no lograba controlar. Volteó para verlo y vislumbró a Jaime ya desde la silla. Guardó silencio y soportó los impulsos de vomitar.

—Por eso vine a advertirte que te andaban buscando —continuó—. Cuando escuché que los niños te vieron salir corriendo de la casa, supe que todos iban a creer que habías sido tú.

El Tuerto bebió el último trago. En un nuevo intento por levantarse perdió el control de sus piernas y cayó al suelo. La botella se estrelló sobre el piso deshaciéndose en fragmentos que reflejaron la llama de la peligrosa luz con la que se alumbraba. La enorme sombra de una nube surcó la luna y por unos segundos ninguno de los dos pudo verse el rostro.

—Pero yo no la maté, Jaime—repitió desde el suelo—, tú sabes que yo no la maté.

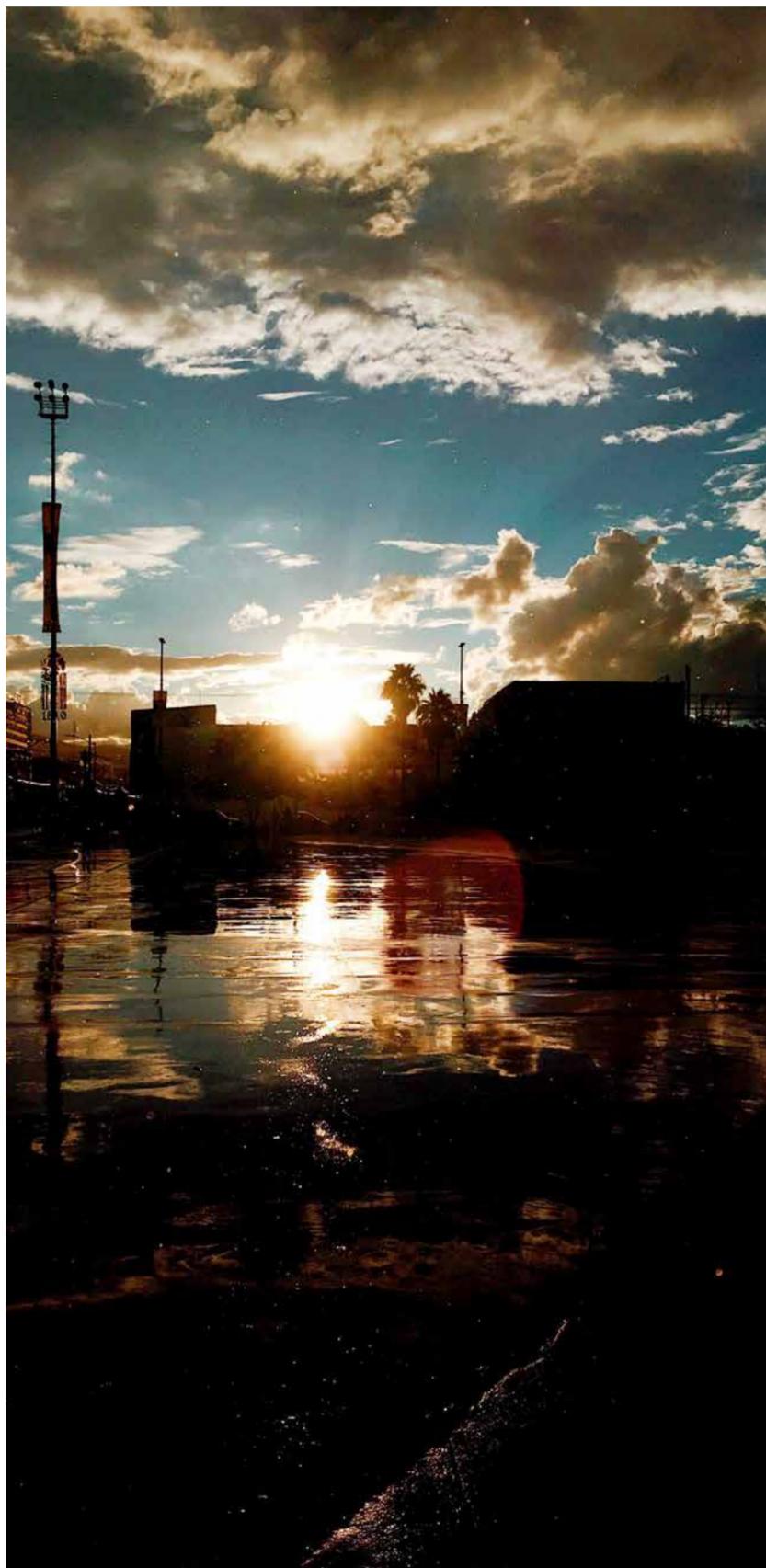
—Yo sé que tú no la mataste —dijo y arrojó la colilla de cigarro al suelo.

—Claro que lo sabes. Si tú estabas ahí cuando llegué. Estabas ahí desde antes de que yo llegara. Escondido atrasito de la puerta pa' que no te viera. Me hice el ciego... Nomás de un ojo, que así era menos la mentira. Te juro que no pensaba decir nada, porque a pesar de todo eres mi hijo...

El Tuerto, vencido por el sueño y el alcohol, se fue perdiendo entre susurros.

—Yo sé que tú no lo hiciste —exclamó Jaime y sacó de su chamarra un cuchillo ensangrentado que lanzó al rincón del cuarto.

Salió de la casa sin cerrar la puerta y una ráfaga de viento helado apagó la llama de la veladora que estaba a punto de consumirse.



## Cuando el eco

Paola de Llergo

**P**aradoja dual, ya no puedo cargarte. Te postraste sobre mis hombros sin consentimiento. Me pesas, te resisto. Me pesas, te resisto. Mi espalda tiembla y el espasmo no concluye, estoy inmóvil. La tensión nace desde las sienas y en chorros llega al suelo. Se esparce infinita. Me inmoviliza. Me contrae y no cesa. Eres omnipresencia. Semblantes rígidos, palabras y sonidos tensos.

Soy incapaz de percibir mi espalda, mi cuerpo, el espacio y el tiempo. Percibo solamente tu peso constante. Eres un eco, no cesas. Eco, eco inmortal, permanente. No callas nunca. Tan presente que tu sonido es ya lo único que externo. Te repito porque vivo. Porque soy parte. Eco, tú eres el mundo. Retumbas, vibras pero no callas. Te conozco porque me habitas, a mí y a todo. Universalidad constante, riges la vida. Te postras en los cuerpos y te vivimos uniformes. Camino, te encuentro. Cierro los ojos, te abres. Hablo y me hablas; son tus palabras duplicadas. Eres la raíz del mutismo, del sonido, y no descansas. Eco, ¿cuándo mueres? ¿Cuándo cambias? ¿Cuándo sueltas? ¿Cuándo, cuándo, cuándo...

### Paola de Llergo

(Torreón, Coahuila, 1999). Es estudiante de Psicología en la Universidad Iberoamericana Torreón y participa en el taller literario. Esta es su primera publicación.  
paola.ralo.99@gmail.com



# Acequias

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL

*Acequias* es una revista interdisciplinaria que aparece tres veces al año: en Primavera (abril) Verano-Otoño (agosto) e Invierno (diciembre). Es editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y dirigida sobre todo a la comunidad que integra la Ibero Torreón y el Sistema Universitario Jesuita.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la que se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, además de que esta palabra contiene entre sus grafías las siglas de nuestra Universidad: *Aceq-uia-s*.

Su acceso en la página web de la Ibero Torreón es gratuita para todos los usuarios de internet, y todos los ejemplares permanecen disponibles sin restricción de tiempo y lugar.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la Ibero Torreón, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y películas o textos de creación literaria. En consideración a la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista y a su espíritu divulgativo, recomendamos evitar vocabulario especializado, así como excesivo aparato erudito. Los textos deberán estar escritos de manera clara y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al decidir que deseas colaborar.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio en fuente Arial de entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original en versión digital. Los textos deberán llegar complementados con la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la Ibero Torreón si la hay
- Breve información curricular
- Autorización para agregar la dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia de los autores, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, pertinencia, extensión y cupo. Los textos que lo requieran recibirán corrección de estilo en el entendido de que deberá ser la más mesurada posible. Debido a la gran cantidad de colaboraciones propuestas para su publicación, el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón. También pueden ser entregados a los editores o enviados a la dirección electrónica: publicaciones@iberotorreon.edu.mx y jaime.munoz@iberotorreon.edu.mx. La fecha de cierre del número 77 de *Acequias* será el 15 de noviembre de 2018.

**IBERO**  
TORREÓN

#IberoTransforma



Con actitud  
**ESTAMOS  
TRANSFORMANDO  
AL MUNDO**

[iberotorreon.edu.mx](http://iberotorreon.edu.mx)

Informes: T. (871) 705 1098 ☎ 871 136 7214  
admission@iberotorreon.edu.mx